El terror nuclear HIROSHIMA

La bomba causó, inicialmente, setenta mil muertos en Hiroshima. Hoy se considera que las radiaciones –como las que padecen estos afectados– ocasionaron cien mil víctimas mortales más

20. **Japón, en guerra. Aplastado**
José Díez-Zubieta

28. **Hiroshima y Nagasaki bajo las bombas atómicas. Soy la muerte**
David Solar

40. **El pasado está vivo**
Agustín Rivera

42. **El sueño de la hegemonía mundial. Poder nuclear**
Augusto Zamora

El 6 de agosto de 1945, Estados Unidos arrojó su primera bomba atómica; tres días más tarde, la víctima de la segunda fue Nagasaki. El objetivo militar de ganar la guerra con el menor daño propio, la curiosidad científica, los dos mil millones de dólares invertidos en el *Proyecto Manhattan* y el sueño de la hegemonía universal fueron los argumentos para abrir la Caja de Pandora

Pese a su dominio naval y al alejado perímetro defensivo, el Japón metropolitano pronto comenzó a ser sacudido por las alarmas aéreas. El primer ataque, sólo con fines propagandísticos, fue el del coronel Doolittle, en abril de 1942.

Japón, en guerra

APLASTADO

Tras la destrucción de Pearl Harbor, en 1941, las armas japonesas dominaron el Pacífico durante un semestre. **José Díez-Zubieta** analiza la reacción norteamericana hasta llegar a los aniquiladores bombardeos de la primera primera mitad de 1945, ante los que Tokio no supo reaccionar

La guerra tuvo en el Pacífico tres fases bien definidas. En la primera, Japón, de victoria en victoria, se expandió por todo un área que consideraba indispensable para su prosperidad, con algunas correcciones exigidas por los militares, para que la zona de donde procederían las materias primas que su Imperio necesitaba coincidiera con los puntos de apoyo imprescindibles para su defensa. La zona económica abarcaba la fachada continental asiática, desde Corea hasta Birmania; en el Pacífico: las Filipinas, las grandes islas de Java, Sumatra, Borneo y Nueva Guinea y los archipiélagos de las Salomón, Gilbert, Marshall, Marianas, Carolinas... La de seguridad se extendía por el Pacífico más al oeste y aún trató Tokio de ampliarla con las islas Midway, Samoa, Tonga, Fidji, Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas. Si el proyecto inicial lo realizó casi por completo y en apenas cinco meses, el segundo se les atragantó en Midway.

Fue aquélla una operación acometida por Tokio con una superioridad tan abismal que sus jefes, en vez de trazar una operación práctica, diseñaron una fantasía tan compleja que bastaron algunos contratiempos para que su ventaja se convirtiera en una formidable derrota. En la batalla aeronaval de Midway, el 4 de junio de 1942, perdieron los japoneses cuatro de sus mejores portaaviones contra uno norteamericano. A partir de entonces, las armas japonesas comenzarían a batirse a la defensiva y las norteamericanas –con apoyo inglés, australiano y neozelandés– al ataque.

La segunda fase de la guerra se sitúa entre el desembarco norteamericano en Guadalcanal, el 7 de agosto de 1942, y en la segunda mitad de 1944, con la recuperación de las Carolinas –desde donde las fortalezas volantes podían alcanzar Japón– y de las Filipinas. Esta larga fase de la guerra se caracterizó por la progresiva superioridad material norteamericana y una visión estratégica supeditada a la política y la cautela, distante de una concepción militar original: Washington dividió sus fuerzas para llevar las operaciones en dos direcciones diferentes, tratando de contentar al Ejército y a la Marina, dirigidos, respectivamente, en el teatro de operaciones por el general Douglas MacArthur (Pacífico suroeste) y el almirante Chester W. Nimitz (Pacífico central). Optó, además, por la táctica de la apisonadora: atacar todas y cada una de las guarniciones japonesas, incluso las más insignificantes. El resultado fue una guerra muy lenta y costosa porque los japoneses –aunque limitados técnica y materialmente– resistían en sus destinos hasta la muerte.

Víctimas del bombardeo del 10 de marzo de 1945: habían transcurrido tres años desde aquel primer bombardeo de Tokio.

Hito inicial de esta fase de la guerra fue la batalla de Guadalcanal, donde se manifestaron claramente los síntomas de la impotencia japonesa para operar a tan larga distancia de sus bases: el declive de su marina y, sobre todo, de sus portaaviones. Mientras que Estados Unidos lanzaba sobre el Pacífico sus inmensos recursos, Japón sufría la impotencia de su industria militar para compensar sus pérdidas y los avances científicos y tecnológicos de los norteamericanos.

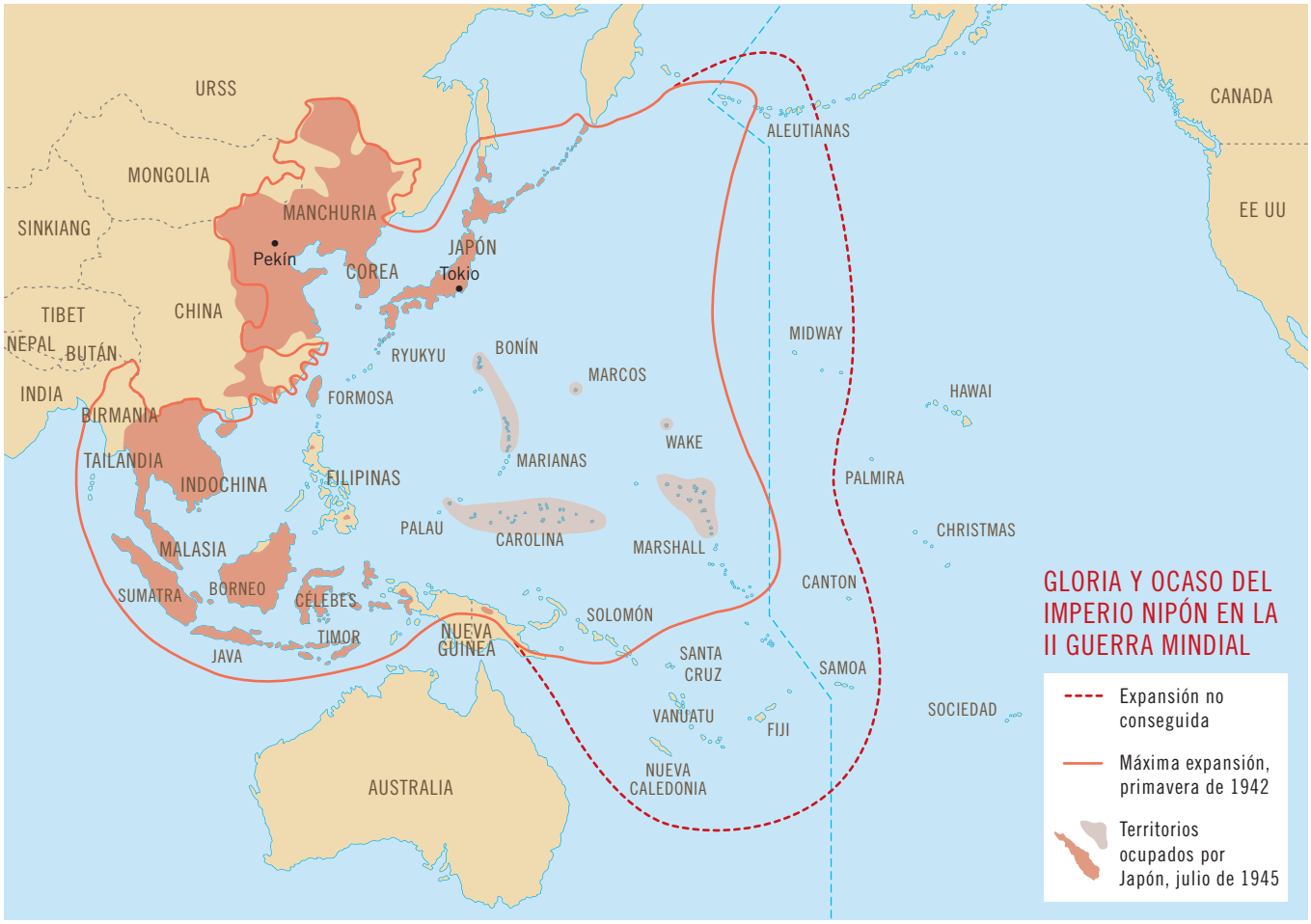
Resistencia a ultranza

Por encima de cualquier análisis militar, resulta elocuente comparar las cifras de la producción de la industria aeronaval de ambas potencias: en 1943, Estados unidos construyó 85.898 aviones, 2 acorazados, 15 portaaviones, 11 cruceros, 128 destructores y 200 submarinos; Japón, 16.639 aviones, 1 portaaviones, 2 cruceros, 11 destructores y 58 submarinos. Esa abismal diferencia –duplicada en 1944– se reflejó con brutal claridad en el escenario bélico, donde casi todos los encuentros se resolvieron a favor de Estados Unidos.

Tokio resolvió apretar los dientes y fortificarse en las islas ocupadas, formando un inmenso cinturón defensivo en torno a la metrópoli, en la esperanza de frenar a los norteamericanos y forzarles a un resultado de tablas ante la indudable sangría humana que tendrían que padecer para dominar centenares de reductos. El espíritu de resistencia japonés se basaba en su código militar que consideraba gloriosa la muerte por el emperador y la patria y despreciaba al soldado que se rendía, juzgando un deshonor el cautiverio. Eso les haría, por un lado, inasequibles a la desmoralización y, por otro, terriblemente crueles con sus prisioneros.

A mantener ese espíritu de resistencia contribuía el servicio de propaganda del Gobierno de Hideki Tojo, que brindaba a sus conciudadanos listas de victorias y de destrucciones navales enemigas, extraordinariamente hinchadas y alejadas de la realidad. Nadie podía rebatir esos datos, ni comentar las pérdidas propias: de ello se ocupaba la omnipresente Kempitei Tai (contraespionaje o policía política), que llegó a contar con 75.000 miembros y nada tenía que envidiar a la Gestapo alemana.

José Díez-Zubieta es historiador.



Ese sistema defensivo requería un monumental esfuerzo para sostener centenares de guarniciones aisladas en tan inmenso escenario y que, conforme fue imposible realizarlo por falta de medios, se condenó a aquellas tropas al aislamiento, a la inoperancia por escasez de armas y municiones y a la desesperación por falta de alimentos y atención médica. La progresiva carencia de medios aeronavales fijó a aquellas guarniciones a los perímetros de sus islotes, convirtiéndolas en absolutamente inútiles.

EE UU entra al trapo

Sin embargo, eso sólo ocurrió al final de la guerra. La doctrina militar norteamericana entró en el juego planteado por Japón y fue incapaz de hallar una vía rápida para derrotarlo. Su estrategia de atacar isla tras isla hizo entrar en combate a numerosas guarniciones que, de otra manera, hubieran quedado aisladas a miles de kilómetros de la metrópoli y marginadas de la guerra. Caso emblemático de operaciones prescindibles fue la toma de la isla de Attu (Aleutianas) ante la costa norteamericana. Hubiera bastado destruir sus instalaciones aeronavales para olvidarse de ella; sin embargo, la atacaron hasta la capitulación de los últimos 28 soldados, sin municiones. La guarnición entera –2.600 hombres– combatió hasta la última bala y, luego, en cargas nocturnas a la bayoneta. Aquella victoria costó a los norteamericanos 1.800 bajas (600 muertos).

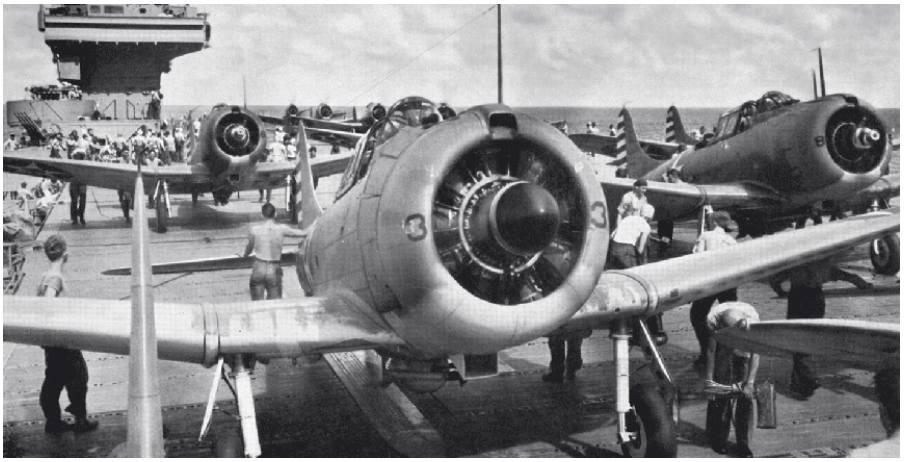
Relevantes por su significado y su dureza fueron los desembarcos en Guadalcanal y Nueva Guinea, donde se combatió durante muchos meses en una guerra espantosa en la jungla. O los desembarcos en el archipiélago de las Salomón, donde se libraron las batallas de Rendova, Colombangara, Bella Labella y Bougainville. Terrible fue la resistencia japonesa en el archipiélago de las Islas Gilbert, donde se libró la batalla de Tarawa, tan dura y con tan elevadas pérdidas ("¡Más de 3.400 bajas norteamericanas por una insignificante isla!", clamaba el *Time*) que el mando norteamericano reestudió la táctica seguida y la cambió a partir de comienzos de 1944.

En efecto, hallaron una forma más racional de conducir la guerra: mientras MacArthur completaba las operaciones de Nueva Guinea, disponiéndose a renunciar a parte de la isla, controlada por guarniciones japonesas aisladas, planificaba el asalto a las Filipinas, despreciando las bases japonesas de Timor, Java, Sumatra y Borneo (sobre las que volvería más adelante) y apuntando directamente al corazón, al Japón. Igualmente, el almirante Nimitz comenzó a esquivar aquellas islas que constituyeran una amenaza menor para su retaguardia, tratando de neutralizar sus bases con bombardeos aéreos y poderosas incursionas navales, y fijándose como objetivo sólo aquellas islas con valor estratégico que le condujeran hacia Tokio. Así, dejó atrás los archipiélagos de las Marshall, Jaluit, Ponape y Carolinas, realizando algunos desembarcos con no muchas bajas, gracias a la protección de los desembarcos con bombardeos aeronavales aniquiladores y dotando a la infantería de grandes medios blindados anfibios, inimaginables hasta la fecha.

En 1944, los grandes objetivos serían las Filipinas, empresa en la que colaboraron ambas líneas del ataque norteamericano y las islas del archipiélago de las Marianas mejor dotadas para establecer bases aéreas: Saipán, Tinian y Guan. Distaban unos 2.500 kilómetros de Japón, por lo que la metrópoli quedaba en el radio de acción de las nuevas fortalezas volantes B-29, que ese año se enseñorearon de los cielos del Pacífico. Los desembarcos en las Marianas costaron a los norteamericanos dos meses de lucha, 5.000 muertos y 20.000 heridos y los japoneses, con su habitual derroche de valor, opusieron la muralla de sus vidas al avance de los norteamericanos, que enterraron a más de 50.000 enemigos. Un derroche de sangre, pero aquellas islas serían la clave del final de la guerra.

En Tokio advirtieron enseguida la trascendencia de aquella pérdida, empeorada por varias derrotas de sus escuadras. La grave situación provocó la caída del Gobierno de Tojo. Cuando el nuevo primer ministro, Kuniaki Koiso, y el ministro de Marina, almirante Mitsumasa Yonai, acudieron a presencia del emperador, éste les habló de negociación:

–Tendréis que colaborar para terminar la guerra en la Gran Asia y os recomiendo que no irritéis a la Unión Soviética (Togo, *Memorias*).



El dominio aeronaval ejercido por los portaaviones determinaría la victoria de EE UU en el Pacífico; a la supeririodad numérica se uniría la mejor calidad, a partir de 1943, de sus aviones.

No le hicieron mucho caso, pese a que el marino era plenamente consciente de que Japón estaba en las últimas, pues su flota amenazaba ruina ante el castigo que estaba sufriendo.

–¿Podremos resistir hasta finales de año? –le preguntó el ministro Yonai al almirante Soemu Toyoda, jefe de la Flota Combinada. La respuesta fue clara:

–Será sumamente difícil.

Viento divino

"Los japoneses perdieron la guerra porque sus oficiales y sus soldados fueron inferiores, no en valor, sino en su utilización inteligente. Siempre se mostraron competentes y fértiles en recursos cuando se enfrentaron a situaciones previstas que requirieran soluciones clásicas. Ante las contrariedades y lo imprevisto, la obsesión por su honor personal actuaba en detrimento de su intuición y les impedía ver la realidad", escribió el periodista norteamericano Martin Caidin.

Resultado de esa visión fueron millares de sacrificios absurdos, que ningún beneficio reportaron a su país e infligieron sólo un daño relativo a los norteamericanos. Uno de los resultados de esa visión fue la formación de las

España en la guerra del Pacífico

Sin que se hayan conocido las causas, puesto que las relaciones hispanojaponesas fueron buenas durante toda la guerra, la colonia española en Filipinas fue la más castigada de cuantas extranjeras había en el archipiélago. 250 españoles fueron asesinados y más de 300 resultaron heridos graves. Los soldados del general Homa asaltaron, saquearon y destruyeron el consulado español en Manila, asesinando a las 50 personas que en él se hallaban refugiadas; hicieron lo propio con el Colegio Concordia, de las Hermanas de san Vicente de Paul, que daban asilo, bajo la protección de las banderas de España y de la Cruz Roja, a 800 niños, enfermos y perturbados. Saqueadas y, en parte, destruidas, fueron la Casa de España, el Casino Español, la Compañía General de Tabacos, la Compañía Yebana, la Universidad Católica de Santo Tomás, el Hospicio de San José, el Colegio de San Marcelino, las iglesias de San Francisco, San Nicolás, San Agustín, Santa Isabel y Nuestra Señora de Lourdes, instituciones y templos a cargo de religiosos españoles.

El 80 por 100 de los bienes de Órdenes, congregaciones y empresas españolas fue saqueado. Pero no fue menor el expolio cultural: los ocupantes prohibieron el uso del idioma español, tanto en la enseñanza como en la administración y en los tribunales, infligiendo un daño irreparable al castellano en Filipinas, pues los 70.000 alumnos de los colegios dejaron estos estudios por los de japonés, impartidos por un millar de profesores enviados al efecto..

En nombre de su Gobierno, el profesor Oikohie, de la Universidad de Kobe, declaró a una comisión filipina: "Bajo esta bandera realiza el Japón su obra cultural en Asia: barrer todo el fondo extraño de ideas arraigado durante la dominación anglosajona y española y, luego, sembrar con las semillas culturales del jardinero japonés las culturas populares nativas así purificadas".

Incluso el Gobierno de Tojo intentó constituir un "neobudismo", en el que se integrara la Iglesia católica, a la que invitó a un congreso. Obispos y religiosos católicos –en su mayor parte españoles– se opusieron y no menos de cincuenta de ellos lo pagaron con la vida (datos y cita de José Fernando Aguirre, *La Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, Argos, 1964).

En gesto puramente testimonial y oportunista, el Gobierno español suspendió el desempeño de la representación de Japón ante varios países hispanoamericanos y rompió relaciones con Japón el 12 de abril de 1945 e, incluso, se pensó en declararle la guerra y enviar algunos barcos. Obviamente, no ocurrió nada.

Exageraciones

La propaganda japonesa ensalzó y exageró sus victorias y, al final, Tokio se creyó sus propias hipérboles. Cuando la guerra llegaba ya al territorio metropolitano, entre el 18 y el 21 de marzo de 1945, durante una de las batallas navales previas a la conquista de Okinawa, el Gran Cuartel General Imperial comunicaba: "Han sido hundidos tres portaaviones estándar, dos acorazados, tres cruceros, un buque de guerra de clase desconocida y, además, unos 180 aviones norteamericanos han sido derribados; 130 aviones japoneses no han regresado a sus bases".

En el otro bando, el parte oficial del almirante Nimitz decía: "Han sido averiados uno o dos acorazados y dos o tres portaaviones japoneses, además de dos portaaviones ligeros y otros dos de escolta, un crucero pesado, uno ligero y cuatro destructores. Se ha comprobado el hundimiento de seis mercantes japoneses. Doscientos aviones han sido derribados y 275, destruidos en el suelo. Un buque norteamericano ha resultado gravemente averiado y otros varios sufrieron daños menores, que no les impide seguir operando".

Tras la guerra, se confirmaron las informaciones norteamericanas. Su evidencia más contundente fue que el primero de abril comenzó su desembarco en Okinawa.

unidades de pilotos kamikaze (*Viento divino*). Pilotos suicidas hubo durante toda la guerra, pero en actuaciones excepcionales. A partir de las gravísimas derrotas navales del verano de 1944, la actuación de los pilotos kamikaze se hizo sistemática, gracias a la creación de unidades de este género por parte del almirante Takihiro Onishi.

La primera misión oficial autorizada estuvo a cargo de un aviador competente, Yukio Seki, que el 25 de octubre de 1944 dirigió una misión suicida, de la que se convirtió en el primer caído. En su misión fue destruido el pequeño portaaviones *St. Lo* y dañado otro. Ese éxito y el agravamiento progresivo de la situación japonesa catapultó la acción de los pilotos kamikazes.

Su actuación se convirtió en una pesadilla para la flota norteamericana no tanto por lo que consiguieron, que a fin de cuentas tuvo escaso relieve en la contabilidad final del conflicto, sino porque sus ataques eran mucho más peligrosos que los de los pilotos convencionales. El capitán Dixie Kiefer, uno de los marinos que perdió su buque en un ataque kamikaze, escribía: "Es bastante fácil evitar otros tipos de bombardeo, pero es imposible esquivar una bomba que está siendo pilotada hacia ti. Los kamikazes acertaban cuatro o cinco veces más que los aviones normales".

Los almirantes de la victoria norteamericana en el Pacífico: Nimitz (jefe de la zona centro-norte de operaciones), King (secretario de Estado de Marina) y Halsey, jefe naval del Pacífico sur.

Con todo, fue mayor la aparatosidad que los efectos reales: en estos ataques perecieron más de 5.000 pilotos, con sus aviones, a cambio de menos de un centenar de buques: transportes, algunos portaaviones pequeños y numerosos destructores; además, dañaron de diversa consideración, 23 portaaviones, 5 acorazados, 9 cruceros y tres centenares de unidades menores y causaron unas doce mil bajas (la mitad, muertos) a los norteamericanos, además de la pérdida de unos 800 aparatos embarcados en los portaaviones alcanzados. El paroxismo de su actuación se registró en Okinawa, causando tanta impresión en Estados Unidos, que se convirtió en uno de los argumentos para el ataque atómico.

Pese a sus logros, después de la guerra no fue muy positiva la valoración de la estrategia kamikaze. El filósofo zen, Daisetzu Suzuki comentaba: "Al examinar la táctica kamikaze podemos descubrir una grave laguna del pueblo japonés: la carencia de espíritu científico". Para este pensador, hubiera sido más efectivo mejorar sus aviones en vez de empecinarse en creer que eran superiores a los norteamericanos y afinar el entrenamiento de sus pilotos, en lugar de arrojarles a la muerte. La táctica kamikaze no podía conducir a la victoria; sólo ensangrentaba más el camino de la derrota.

El bombardero Le May

La tercera fase de la guerra tuvo como objetivo Japón. Mientras los norteamericanos se acercaban al territorio metropolitano, afrontando las resistencias suicidas de Iwo Jima y Okinawa, las fortalezas volantes trataban de reducir a escombros la industria japonesa, pero su eficacia era inferior a lo que el mando estimaba imprescindible.

Los ataques del 31 Bomber Command, compuesto por medio millar de bombarderos B-29 y adscrito a la 20ª Air Force, habían comenzado en noviembre de 1944 y en dos meses –tras arrojar más de cuatro mil toneladas de bombas y de perder 90 fortalezas volantes y buena parte de sus tripulaciones– apenas habían conseguido paralizar un 5 por 100 de la industria aeronáutica japonesa, primer objetivo de los ataques. Éstos se estaban realizando de acuerdo con la doctrina aplicada en Europa: bombardeos de precisión diurnos a 9.000 ó 10.000 metros de altura, volando en formidables

General Douglas MacArthur, jefe de las fuerzas del Pacífico sur y, a partir de 1945, mando supremo en ese escenario bélico.

Artillería norteamericana durante la lucha en las islas Filipinas. Los japoneses se impusieron en ese escenario en 1942; MacArthur las recuperó en 1944-45.

formaciones y arrojando bombas rompedoras. Contra el III Reich daban resultado, pese a que las defensas antiaéreas de Hitler eran formidables ¿Por qué no funcionan contra el mal defendido Japón?

A mejorar la eficacia de los bombardeos fue destinado Curtis E. Le May, de 38 años de edad, general de las fuerzas aéreas, un tipo sanguíneo, cuadrado, fumador de puros y sumamente emprendedor, que había mandado los bombarderos pesados norteamericanos en China. El general Le May concluyó que las operaciones eran poco eficaces, porque el clima japonés era muy especial: despejado por la noche y nublado por el día; porque su industria, aunque concentrada en pocas ciudades, estaba dispersa dentro de ellas: un tercio, en fábricas convencionales, otro tercio en pequeños talleres y el resto era pura artesanía familiar; porque las grandes bombas rompedoras hacían astillas centenares de casas, que estaban reparadas al caer la tarde; porque las enormes distancias reducían al mínimo la capacidad destructiva de los B-29 (2.200 kilos de bombas por viaje).

Sólo bombas

Pocos días después de acceder a la jefatura de la 20ª Air Force, Le May decidió que los bombardeos fueran nocturnos, que se atacara a las ciudades con fósforo o napalm, cuyos efectos serían mayores, dada la combustibilidad de sus edificios, que se retirara el armamento de los aviones, puesto que los japoneses casi carecían de caza nocturna, y eso permitiría cargar dos toneladas más de bombas y, finalmente, que se bombardeara a baja cota, lo que aumentaría la precisión, desconcertaría a los artilleros japoneses y ahorraría combustible, permitiendo mayor carga, hasta 6/7 toneladas.

El general Le May cambió la táctica de ataque: aviones desarmados, volando a baja cota, con seis toneladas de bombas

"¡Nos van a cazar como a zorras!", exclamó el coronel O'Donnell, comandante de la fortaleza volante B-29, *Dauntless Dotty*, al hablar con los pilotos de su grupo de bombardeo. No se podía creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad. Llevaba desde el otoño de 1944 volando con el 31 Bomber Command y había visto de todo, pero lo que acababa de oírle a Le May le parecía el colmo. Estimaba un suicidio bombardear Tokio de noche, a menos de 2.500 metros de altura, de forma dispersa y desarmando los aviones.

"Pero, ¿qué locura le ha entrado a este generalito para dejar en tierra diez ametralladoras pesadas y un cañón de 20 mm y viajar cinco mil kilómetros sólo con el armamento de cola?".

Las órdenes de Le May fueron inapelables. El 9 de marzo los aeropuertos de Saipán, Guam y Tinian entraron en ebullición. 334 B-29 fueron desarmados, cargados con dos mil toneladas de bombas y abastecidos con más de cinco mil toneladas de carburante. A las seis menos cinco de la tarde, las fortalezas volantes comenzaron a despegar desde cada uno de los tres aeropuertos con intervalos de un minuto, de modo que ya eran casi las ocho cuando partió el último. Los ángeles exterminadores comenzaron su largo viaje, volando con viento de cola a 400 km por hora, con destino a Tokio, situada a cerca de 3.000 kilómetros de distancia.

A esas horas, la capital japonesa, que incluyendo sus barrios industriales contaba más de seis millones de habitantes asentados sobre unos 600 kilómetros cuadrados, se disponía a dormir. Los tokiotas sabían que las numerosas industrias que se levantaban en sus suburbios, en las que se fabricaba el 65 por 100 del material de guerra japonés, eran muy

tentadoras para los aviones norteamericanos, pero se habían acostumbrado a reparar por la tarde las destrucciones de los bombardeos matutinos. Nadie esperaba esa noche al ángel de la muerte, pese a que las tinieblas japonesas están pobladas de genios maléficos.

En el cráter del volcán

Los cuatro aviones que volaban en cabeza tenían la misión de señalar el campo de tiro a los que venían detrás. Cada uno de ellos lanzaría 180 bombas de fósforo de 35 kilos, trazando sobre la ciudad un aspa cuyos brazos medirían cerca de ocho kilómetros. Los 330 aviones restantes llevaban 8.250 bombas de 250 kilos; esos ingenios estallaban a 150 metros del suelo, proyectando 50 pequeñas bombas de tres kilos de napalm.

Para frenar aquella marea de fuego que se acercaba, Tokio contaba con unos 11.000 bomberos, muchos de ellos menores de edad, y de los que apenas 3.000 se hallaban de guardia. Había, también, un centenar de cazas nocturnos para cubrir todo el archipiélago y protegían la capital apenas doscientas piezas antiaéreas, cuyas alzas y reflectores auxiliares estaban ajustados para actuar contra aviones que volaran a más de 9.000 metros de altura.

Tras siete horas de vuelo, los primeros B-19 avistaron Tokio. Era justo media noche, una de la madrugada en los aeropuertos de partida. Mientras las sirenas aullaban avisando de la proximidad de los aviones, los marcadores se cruzaron lanzando sus bombas de fósforo, que estallaban a treinta metros de altura con llamaradas blancas, un chorro de fuego y chispas que marcó Tokio con una especie de Cruz de San Andrés, cuyas aspas incandescentes formaban un rectángulo de unos 36 kilómetros cuadrados. Las puertas del infierno estaban abiertas. Eran las 0.15 horas del 10 de marzo de 1945.

Los habitantes de Tokio salieron a la

La última oportunidad

Ante la sistemática destrucción que estaba sufriendo el país, la aniquilación de su marina –el gran acorazado *Yamato* se hundiría el 7 de abril– y la desesperada lucha que sus tropas libraban en Okinawa, el emperador optó, el 6 de abril de 1945, por cambiar de Gobierno, encargándole su jefatura a Kantaro Suzuki y la cartera de Exteriores a Shinegori Togo. Hirohito les sugirió que buscaran una salida negociada, reiterando la que, infructuosamente, ya había hecho al anterior gabinete.

Esfuerzo inútil porque la estructura de poder en el Japón de la época, otorgaba, prácticamente, la última palabra sobre el asunto a los dos ministros militares –Ejército y Marina– y a sus jefes de Estado Mayor, pues si no lograban imponer sus criterios, el Ejército y la Marina podían destituirles y crear una situación de abierta hostilidad entre las Fuerzas Armadas y el poder civil.

Por tanto, era misión de Suzuki y de Togo convencer a los generales y almirantes de la necesidad de negociar un armisticio. Empresa difícil, pese a la desastrosa situación militar, industrial, civil, pues los militares –basándose en lo ocurrido en Iwo-Jima– creían que sobre el suelo patrio se libraría la batalla del destino y que en ella el valor físico y el espíritu samurai se impondrían a la tecnología que los norteamericanos estaban imponiendo en el cielo y en el mar.

Así se produjo un atroz juego de indecisiones que permitió la prosecución de los bombardeos y su culminación atómica. Mamoru Shigemitsu, sucesor de Togo en Exteriores y firmante de la capitulación a bordo del acorazado norteamericano *Missouri*,

Shinegori Togo, ministro de Asuntos Exteriores japonés. Fue un decidido partidario de la negociación.

cuenta que, tratando de movilizar la vía negociadora, el marqués Koicho Kido, custodio del sello privado y confidente del emperador, se dirigió al ministro de Marina, almirante Mitsumasa Yonai, y le preguntó:

–¿Ha pensado en los medios para poner término a la guerra?

–¿Qué puedo yo hacer en eso? –replicó Yonai– Suzuki tiene sobre este punto ideas muy fijas.

El custodio del sello privado se dirigió, a continuación, al primer ministro, Suzuki, y le preguntó:

–¿Tiene usted alguna idea sobre el restablecimiento de la paz?

–¿Qué pudo hacer yo en esto? –respondió el jefe del gobierno–, Yonai es muy terco.

Es decir, los militares no querían la paz; los políticos no podían imponerla y todos jugaban a la gallina ciega. En esa tesitura, la guerra seguía. El emperador, finalmente, decidió imponer su autoridad y el 22 de junio, reunió al Consejo de los Seis (primer ministro, ministros de Exteriores, Ejército y Marina y jefes de Estado mayor del Ejército y la Marina) y le dijo:

"Tanto sobre el plano nacional como sobre el internacional, se había llegado a una fase crítica. La situación militar era sumamente desfavorable y las dificultades aumentarían conforme prosiguieran los ataques aéreos. Por tanto, los miembros del Consejo de la Corona deberían hacer todo lo posible por terminar la guerra en el plano más rápido posible".

Ni fueron muy rápidos, ni muy sagaces. Se dirigieron a Moscú, donde no deseaban escucharles, porque el interés de Stalin era declararles la guerra en cuanto le fuera posible y saciar sus intereses en Manchuria y la fachada extremooriental del continente. Al tiempo, por medio de Suiza se trataron de acercar a Estados Unidos, entrando en contactos distantes con Allen W. Dulles. Todo fue demasiado lento, poco enérgico, indirecto... para frenar el lanzamiento de la bomba atómica. Demasiado conocían en Washington el interés del Gobierno en la capitulación, pues su decodificadora *Púrpura* descifraba todos los mensajes diplomáticos y militares japoneses. A los *halcones* sólo hubiera podido pararles una demanda directa, clara y expresa. Y Tokio no supo verlo.

calle alarmados por las sirenas, pero no veían el motivo de tanto alboroto. Escuchaban el zumbido de algunos aviones y lejanos estampidos sobre todo de la artillería antiaérea, pero las explosiones del bombardeo eran menos alarmantes que en otras ocasiones.

Un diplomático sueco presenció el bombardeo: "Los B-29 llegaron aquella noche desde dos direcciones distintas. Volaban bajo y se desplegaban sobre nosotros como en abanico. Los bombarderos era espléndidos. Su color cambiaba como el de los camaleones. Verdoso cuando pasaban sobre los haces luminosos de los proyectores, rojizos cuando volaban sobre las llamaradas de los incendios".

En cada barrio, las somnolientas gentes vieron aterradas que, cuando un avión pasaba cerca, dejaba tras de sí un mar de fuego que avanzaba voraz empujado por el viento. Cientos de miles personas se lanzaron a las calles, tratando de huir de las llamas que tenían más cerca, para toparse con una multitud enloquecida que corría en dirección contraria, también perseguida por la marea de fuego. Millares de personas perecieron arrolladas y pisoteadas en la inmensa confusión de aquella aterradora noche.

Velas centelleantes

Insensibles ante la inmensa tragedia que se estaba produciendo en la ciudad, las tripulaciones de las fortalezas volantes se afanaban en su labor destructiva, tratando de saturar de napalm las zonas que aún no ardían. Según el testimonio de uno de ellos: "Tokio estaba iluminado como un bosque de árboles de Navidad. Las hogueras aún se podían distinguir unas de otras, pero el fuego comenzaba a extenderse; era como si millares y millares de velas centelleantes resplandecieran hasta formar un solo foco de fulgor".

Parte de aquellas "velas" eran personas que ardían como antorchas. Inmensas multitudes enloquecidas se lanzaron hacia el río Sumida, que atraviesa Tokio. Sobre los puentes se produjeron millares de muertos, aplastados por los que corrían en dirección opuesta. Quienes alcanzaron sus orillas lograron la salvación, pero los que sólo pudieron llegar a pequeños canales perecieron en ellos, porque la temperatura ambiente superó en algunas zonas los 700 grados y el agua entró en ebullición, cociendo vivos a los que allí se habían refugiado.

Aviones B-29, en misión de bombardeo. Al fondo, el sagrado volcán Fujiyama, un faro para las fortalezas volantes, que arrojaron sobre Japón 170.000 toneladas de bombas.

En las escuelas de Fukagawa, de sólida construcción y recomendadas como refugio antiaéreo, se acogieron más de 13.000 personas, que perecieron en los sótanos faltas de oxígeno, absorbido por el inmenso incendio. Otros se lanzaron a las piscinas, que a la mañana siguiente aparecieron sin agua y saturadas de cadáveres hervidos.

Las columnas de aire caliente eran tan fuertes que ascendían hacia el cielo alcanzando más de cuatro mil metros y zarandeando las sesenta toneladas de los últimos B-29 como si fuesen de papel. El ataque duró tres horas, pero hasta el alba, la ciudad padeció la tempestad de fuego, la inmensa ola de calor y la asfixiante humareda. Con el nuevo día se hizo patente la magnitud de la catástrofe: habían perecido unas 120.000 personas y más de 40.000 resultaron heridas. Veintiséis kilómetros cuadrados de Tokio resultaron calcinados, otros tantos, muy dañados y, según cifras de la policía, el fuego arrasó 267.170 viviendas, quedando más de un millón de personas sin hogar.

Bombardeo alfombra

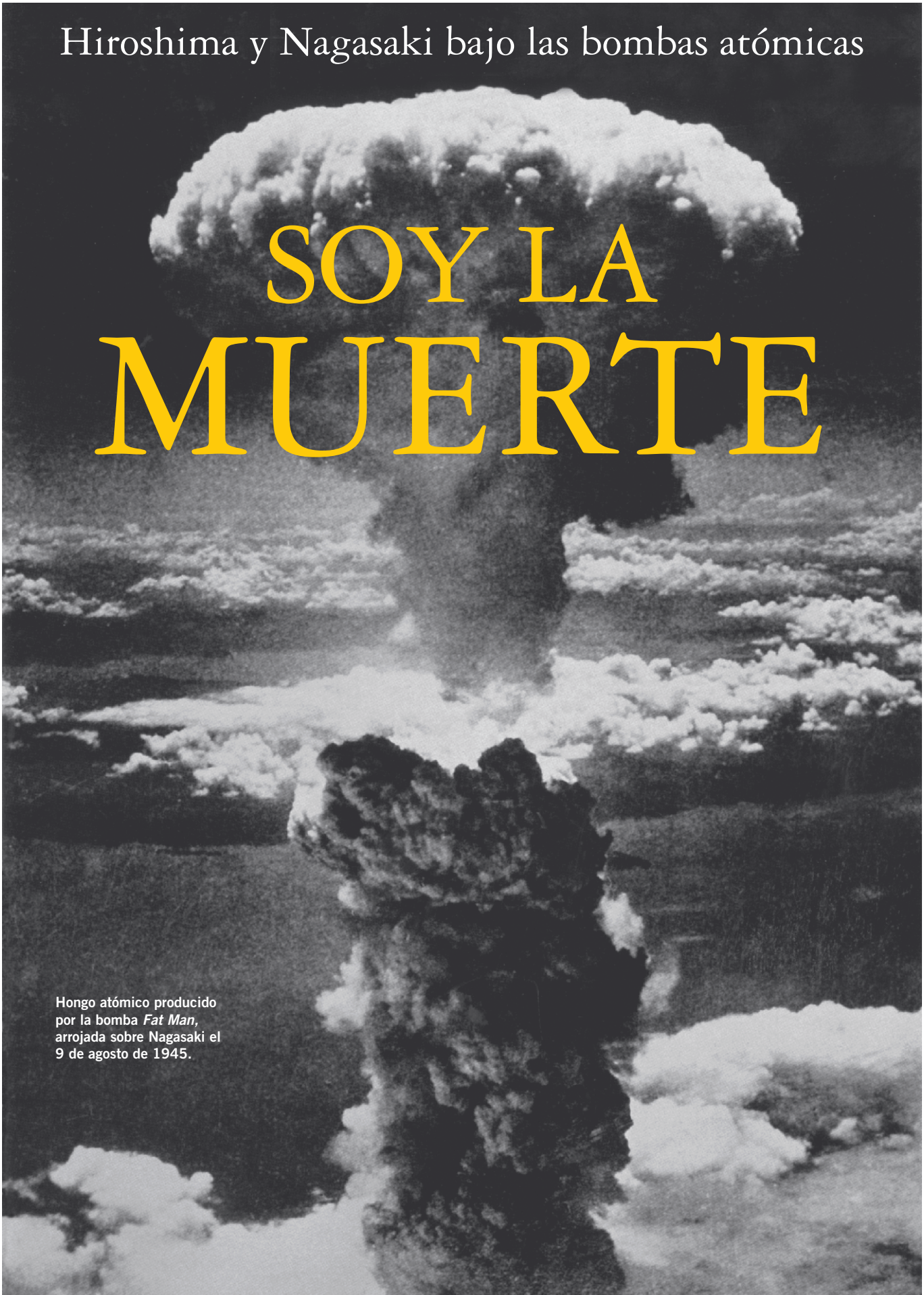
Al día siguiente, 11 de marzo, el general Le May valoraba satisfecho la operación: 14 aviones destruidos y ocho tripulaciones desaparecidas. Según el parte oficial: "Tokio perdió el día de ayer el 18 por 100 de sus sectores industriales, el 63 por 100 de sus distritos comerciales y el centro mismo de sus barrios residenciales".

El éxito confirmó las hipótesis de Le May y sus aviones practicarían, en adelante, el *Carpet bombing* (*bombardeo alfombra*). Tokio, Nagoya, Osaka, Kobe y Yokohama serían objetivos prioritarios de los B-29, sobre los que retornarían una y otra vez, arrasándolas entre marzo y mayo de 1945 con más de 30.000 toneladas de bombas y causando medio millón de muertos. Las cinco ciudades más importantes habían perdido al llegar el verano de 1945 el 80 por 100 de su potencia industrial. En aquel momento le llegó el turno al segundo escalón de las ciudades japonesas, 23 urbes que contaban entre cien mil y cuatrocientos mil habitantes, y después –mientras en Potsdam se celebraba la última Cumbre de los Tres Grandes– se marcaron como objetivo otras 41, de unos cien mil moradores.

Todas y cada una de ellas fue pasada por el fuego. Entre noviembre de 1944 y agosto de 1945, se arrojaron sobre Japón 170.000 toneladas de bombas, cuyos efectos resultaron demoledores: la industria quedó reducida a mínimos, 21 millones de personas perdieron su casa y cerca de un millón, la vida. Con todo, el *Carpet bombing* de Le May iba a ser sólo el pregón de Hiroshima y Nagasaki, dos ciudades importantes que, con Kokura y Nigata, habían sido reservadas para su inmolación en el holocausto atómico. ■

Hiroshima y Nagasaki bajo las bombas atómicas

SOY LA MUERTE



Hongo atómico producido por la bomba *Fat Man*, arrojada sobre Nagasaki el 9 de agosto de 1945.

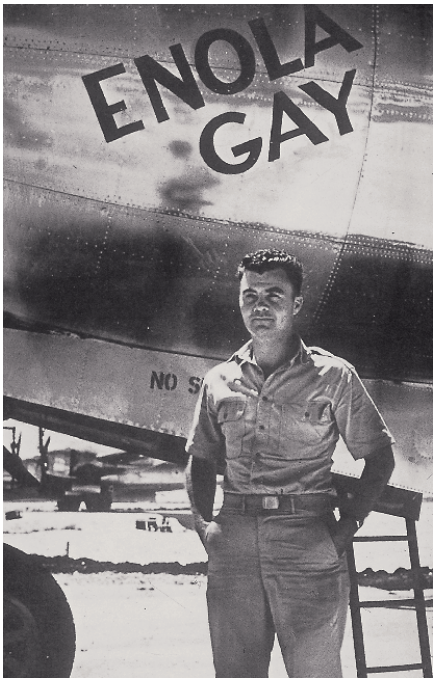
En el 60 aniversario del primer bombardeo nuclear, **David Solar** recuerda las circunstancias en que se desarrolló el *Proyecto Manhattan,* el debate de los especialistas, la decisión de Truman, el día del apocalipsis y la visión que hoy se tiene sobre la tragedia en Japón y en Estados Unidos

Soy la muerte, el destructor de los mundos" ("Bhagavad-Gita", canto VI del *Mahabharata*).

La tarde del domingo cinco de agosto era tibia y tranquila en el aeropuerto de Tinian. El pintor del 509º Grupo de Bombardeo trabajaba con sus pinceles en el lateral derecho del morro plateado de la fortaleza volante B-29, nº 82. Contemplaba la escena el coronel Paul Tibbets, su comandante y jefe de la escuadrilla especial 393, formada por diez aparatos. Encaramado en su escalera el pintor terminaba el rótulo, que ya podía leerse: *Enola Gay*. El coronel Tibbets, de 30 años de edad, sonrió satisfecho al ver el nombre de su madre, que en aquellos momentos estaría durmiendo tranquilamente en su casa de California.

El pintor retiró sus bártulos y el personal auxiliar fue congregándose en torno al gran bombardero. Un tractor apareció arrastrando un remolque en el que, cubierta por una lona, avanzaba la carga que debería transportar el aparato. Se trataba de un gran artefacto de cinco toneladas de peso y relativamente parecido a las bombas convencionales.

No era el gran volumen del ingenio lo que suscitaba tanta expectación, pues la escuadrilla llevaba semanas entrenándose en el lanzamiento de grandes bombas, sino el secreto que lo había rodeado desde que el día 26 de julio llegara a la isla de Tinian (archipiélago de las Marianas), procedente de Estados Unidos, a bordo del crucero *Indianápolis*. No había sido almacenada en un polvorín común, sino en un hangar climatizado, cerca de la pista de aterrizaje e iba a ser cargado en una fortaleza volante que, por vez primera, bombardearía un objetivo japonés en solitario. Además, todo el personal de la base sabía que estaba en marcha una misión secreta y que nadie de la escuadrilla, salvo el coronel Tibbets, conocía el objetivo de aquel misterioso artefacto.



El coronel Paul Tibbets, ante su avión, la fortaleza volante *Enola Gay,* la víspera de arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima

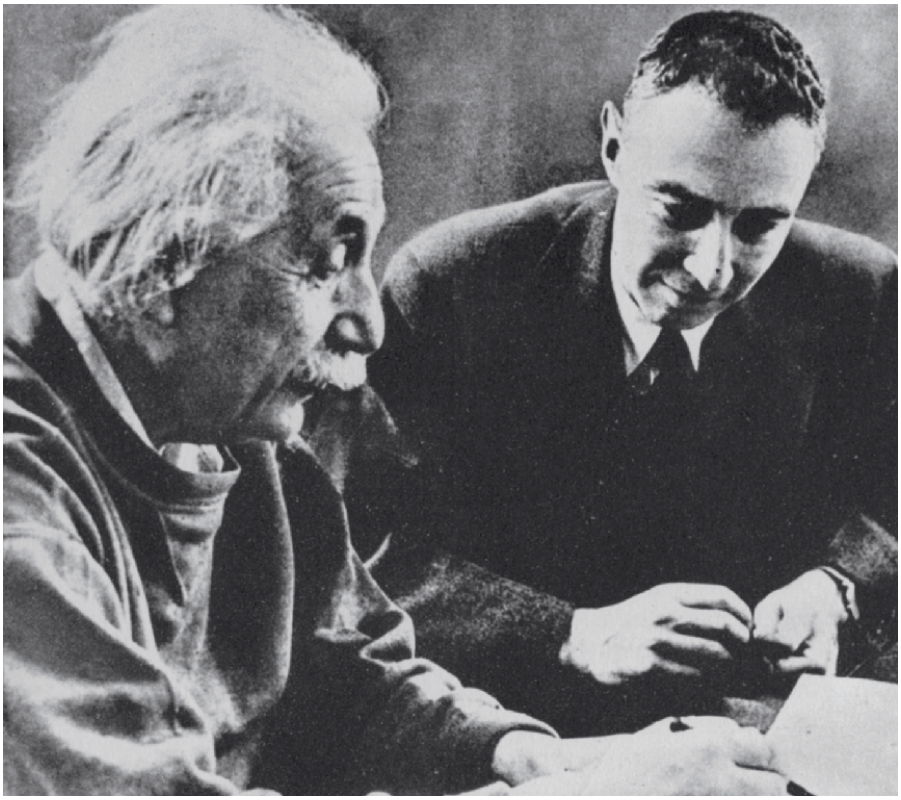
A dos mil quinientos kilómetros de distancia, hacia el noroeste, en Hiroshima, en la gran isla japonesa de Honsu (Hondo), el jesuita español Pedro Arrupe paseaba con un grupo de compañeros por los amables alrededores del colegio y noviciado que los jesuitas tenían en las afueras y tocaron el tema de la guerra que se acercaba inexorablemente a Japón, cuyas poblaciones importantes estaban siendo reducidas a cenizas una tras otra. Pese a la propaganda, no se les ocultaba que la aviación norteamericana se movía libremente sobre sus cielos. Comentaron, con aprensión, que cualquier día recibirían su visita, y eso era tan seguro como que se produciría un desembarco en fecha no muy lejana. Como había ocurrido isla tras isla en todo el Pacífico, los marines alcanzarían las playas metropolitanas precedidos por una tempestad de fuego y Japón no se entregaría sin lucha, pero sería una sacrificio inútil, pues su industria ya no proporcionaba armamento competitivo a sus soldados. Circulaban rumores de que se estaban armando milicias con lanzas de bambú...

No muy lejos, el doctor Michihiko Hachiya entraba de guardia en el hospital de Comunicaciones de Hiroshima. El centro estaba casi vacío porque los enfermos habían sido trasladados al interior... Su guardia, por tanto, estaba relacionada con la defensa antiaérea, pues el hospital tenía asignada la atención sanitaria de varias baterías de artillería. Durante la noche comentó con otros miembros del personal sanitario lo afortunada que estaba siendo Hiroshima, una ciudad importante por población, industria y ejército, que hasta la fecha no había recibido ningún castigo. Pero todos estaban fatalmente convencidos, pese a su alto patriotismo, de que la fortuna no sería perdurable, pues paulatinamente parecía mayor la potencia atacante. En consecuencia, cada día era menor el número de ciudades indemnes... aunque estas cosas apenas si se insinuaban por miedo a los omnipresentes oídos de la policía política.

Una misión muy especial

Los nueve hombres de la tripulación del *Enola Gay* embarcaron en la fortaleza volante a las 2.30 de la madrugada del 6 de agosto, hora de Tinian, y tuvieron su primera sorpresa cuando vieron subir al

David Solar es profesor de relaciones Internacionales en el máster de *El Mundo*.



Albert Einstein y Robert Oppenheimer. Los dos se arrepentirían de la bomba. El primero, por haber recomendado su construcción; el segundo, por haber dirigido el proyecto.

aparato a dos extraños, el capitán de navío William Parsons y su ayudante el alférez Jeppson, encargados de una misión especial. Inmediatamente, el gran bombardero comenzó a calentar motores y despegó a las 2.45 h. En su compañía partieron otros dos B-29, encargados de mediciones científicas, fotografiado y escolta. Tibbets puso rumbo noroeste y sólo desveló que volaban hacia Japón. Cerca de las cuatro de la madrugada, el capitán Parsons y su ayudante descendieron a la bodega y comenzaron a montar el mecanismo de disparo de la bomba, diseñado por el capitán. Un cuarto de hora después, *Little Boy* (*Muchachito*), nombre clave del ingenio, estaba ya dispuesto para inaugurar la era atómica.

Poco antes de las cinco –hora de Tinian, por la que se regía el *Enola Gay*– cuando sobrevolaban Iwo-Jima, Tibbets, se dirigió a su tripulación y desveló el gran secreto: iban a lanzar una bomba mil veces más potente cuanto se conocía. Añadió que aquella misión era tan importante que cuando alcanzaran las costas japonesas serían "registradas todas las conversaciones del interfono para los archivos. Muchachos, cuidad vuestro lenguaje. Éste es un vuelo histórico: ¡llevamos la primera bomba atómica!".

En esos momentos, cuatro de la madrugada hora de Hiroshima, el personal de guardia en el Hospital de Comunicaciones, venciendo los bostezos, se despedía comentando, una vez más, lo tranquila que había sido la noche, sin ni siquiera un conato de alarma. Había llegado el relevo y podían irse a dormir.

Dos físicos alarmados

La atroz amenaza que avanzaba a 400 km/hora hacia Hiroshima, había iniciado su historia seis años antes. En el verano de 1939, cuando la tensión en Europa presagiaba ya la guerra, el físico húngaro Leo Szilard, refugiado en Estados Unidos, había visitado a Albert Einstein, premio Nobel de Física 1921, profesor en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton y el científico más famoso del mundo en aquellos momentos. Quería comunicarle la grave obsesión que le desvelaba. En Alemania había especialistas en fisión nuclear y era previsible que el nazismo tratase de utilizarlos para construir armas atómicas. Por tanto, proponía que Einstein hiciera llegar al presidente Franklin D. Roosevelt tanto la alarma de los científicos como la necesidad de que Estados Unidos construyera un ingenio atómico que neutralizara el que pudieran fabricar los nazis.

"Señor: algunas recientes investigaciones realizadas por E. Fermi y L. Szilard, cuyos manuscritos me han sido facilitados, me inducen a creer que el elemento uranio puede convertirse en una nueva e importante fuente de energía en un inmediato futuro. Ciertos aspectos de la situación así creada parecen demandar atención y, si fuera necesario, acción rápida por parte de la administración. Creo, por tanto, que es mi deber llamar su atención sobre los siguientes hechos y recomendaciones...".

Éste es el primer párrafo de la carta que Einstein envió al presidente norteamericano el 2 de agosto de 1939. A lo largo de dos holandesas, le decía que era posible fabricar un ingenio a base de uranio, cuya reacción en cadena desencadenaría fuerzas formidables: "Una sola de

La gran decisión

En 1959, el presidente Harry S. Truman publicó un artículo titulado "El Átomo y la Guerra". Allí recordaba y analizaba los cruciales momentos en que debió decidir el lanzamiento de la bomba atómica: "Tocóme a mi la decisión fatal de emplear la primera bomba atómica para apresurar el final de una guerra horrible (...). Antes de tomar la decisión final de emplear la bomba atómica, convoqué un comité de las más destacadas autoridades en el campo científico, educativo y político para escuchar sus opiniones y consejos. Pregunté su opinión a los jefes de Estado Mayor y calculé el tiempo que podrían resistir los japoneses y cuantas vidas –japonesas y americanas– costaría invadir la isla principal del Japón (...). Era deber mío de presidente obligar a los guerreros japoneses a avenirse a razones, con la mayor rapidez y con la menor pérdida de vidas que fuera posible. Entonces tomé mi decisión. Una decisión que sólo a mi me incumbía".

(Ese artículo fue luego incluido, junto a otros trabajos, en el libro *Mr. Ciudadano*, Barcelona, Plaza y Janés, 1961).

Enrico Fermi, uno de los científicos más importantes de *Manhattan*, logró una reacción en cadena en 1942 (E. Ortega).

estas bombas, introducida por un buque en cualquier puerto, podría casi con seguridad destruir completamente el puerto y arrasar toda la zona colindante...". Por tanto, recomendaba a Roosevelt que se aprovisionara de uranio y formase un equipo de científicos que iniciara los trabajos para construir un ingenio atómico antes de que lo consiguiera Hitler.

La carta le fue entregada a Roosevelt por Alexander Sachs el 11 de octubre, pues el presidente había estado muy ocupado a causa del comienzo de la II Guerra Mundial. El presidente escribió al margen: "Asunto que requiere actuar". Diez días más tarde, se reunía ya el organismo creado al efecto: el Comité Consultivo del Uranio. Pero en aquellos primeros meses ni se le dotó de gran presupuesto ni de una organización eficaz, de modo que los resultados fueron pobres. Estados Unidos era un país neutral en la guerra y el proyecto de Szilard era algo secundario, ante las prioridades que demandaban las distintas armas para ponerse al día de acuerdo con lo que se observaba en los campos de batalla europeos y atlánticos: reclutamiento, adiestramiento, blindados, aviones, buques y, sobre todo, más portaaviones...

Todo cambió a partir del otoño de 1941. Primero, con el informe de Vannevar Bush, jefe de los asesores científicos del presidente, que urgía la construcción de la bomba y, sobre todo, con el ataque japonés contra Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941. La entrada de Estados Unidos en guerra –y la fundada sospecha de que en la Alemania nazi se estaba trabajando en proyectos nucleares– obligó a los norteamericanos a movilizar grandes recursos y equipos, coordinados desde el punto de vista organizativo y administrativo por el general Leslie Groves, y en los aspectos científicos por el físico norteamericano Robert Oppenheimer, a cuyas órdenes trabajaron Szilard, el italiano Enrico Fermi, el danés Niels Bohr y muchos físicos norteamericanos y británicos eminentes, como Hans Bethe y James Chadwick.

Para entonces, el plan de fabricar la bomba atómica había sido bautizado como *Proyecto Manhattan,* pues en Nueva York, en la isla de Manhattan, tenía su sede el puesto de mando de la operación. Gracias a los inmensos recursos económicos (más de 2.000 millones de dólares, equivalente al gasto militar de los dos bandos en la guerra civil española), no se regatearon medios humanos, materiales y organizativos y pronto se obtuvieron resultados espectaculares: el 2 de diciembre de 1942, Enrico Fermi, otro premio Nobel de Física, logró la primera reacción en cadena.

Destino, Japón

Para entonces, los científicos del *Proyecto Manhattan* trabajaban en dos teorías diferentes, que darían lugar a dos bombas distintas: una, a base de uranio y otra de plutonio. Como no se escatimaba el dinero y como lo primordial era llegar a tener la bomba, se dio vía libre a los dos proyectos. Docenas de instalaciones que producían diversos elementos para el *Proyecto Manhattan* surgieron a lo largo y ancho de Estados Unidos, pero el centro neurálgico se situó en Los Álamos, un punto perdido en el desierto de Nuevo México, donde se erigió una base que se encargaría del ensamblaje de todos los elementos. Allí, rodeados de extraordinarias medidas de seguridad, trabajaron los científicos a un ritmo trepidante: no podían permitir que Hitler ganara la carrera atómica, pues no tendría escrúpulo alguno en utilizarla para lograr su objetivo final: el dominio del mundo y el Reich de los mil años.

Franklin D. Roosevelt estaba encaprichado con la bomba y pretendía utilizarla, pero falleció antes de que estuviera construida.

El presidente Roosevelt seguía asiduamente los progresos del *Proyecto Manhattan* porque en asuntos armamentísticos era proclive a creerse cualquier fantasía y aquel que tenían entre manos, a tenor de toda la ciencia y el prestigio acumulados, tenía todos los visos de convertirse en realidad y, además, era su bomba. Un arma definitiva que ni tenía escrúpulo alguno en emplear pese a que los informes de los científicos eran bastante claros. "Entre 1941 y 1945 nunca oí al presidente ni a ninguno de los miembros del Gobierno oponerse al empleo de la energía atómica en la guerra –escribió Henry L. Stimson, secretario

VENCIDA ALEMANIA, SE SABÍA QUE LA BOMBA ESTABA DESTINADA A JAPÓN Y EN EL GOBIERNO NO HABÍA DUDAS SOBRE SU EMPLEO

Henry L. Stimson, secretario de Defensa: "Nunca oí al presidente o a miembros del Gobierno oponerse a la bomba" (E. Ortega).

de Defensa entre 1940 y 1945–. Por supuesto, todos éramos conscientes de la responsabilidad que comportaba nuestro proyecto de fabricar un arma tan destructiva. El presidente Roosevelt me comentó frecuentemente su consciencia de la potencia catastrófica de lo que estábamos construyendo. Pero había que finalizarlo, ya que estábamos en guerra" (citado por André Kaspi, "¿Fue necesaria la bomba?", *L'Histoire*, núm. 188, 1995).

Al final, la muerte –el 12 de abril de 1945– le liberó de la responsabilidad de ordenar el lanzamiento de la bomba. Todavía no tenía la bomba y ya no hubiera sido necesario utilizarla sobre la derrotada Alemania nazi.

Sin embargo, los altos mandos militares norteamericanos, alarmados ante el derroche de vidas que estaba costando la ocupación, isla tras isla, del Pacífico, preparaban planes para utilizar la bomba contra Japón. Por otro lado, el odio que la opinión pública norteamericana respiraba contra Tokio, agresor sin previa declaración de guerra de su base de Pearl Harbor, facilitaba el bombardeo atómico. De cualquier forma, en el ocaso de su vida, Roosevelt comenzó a tener dudas, pues incluso contra el encarnizado enemigo japonés se podría utilizar sólo "tras una profunda reflexión".

No me gusta este arma

A Franklin D. Roosevelt, le sucedió en la Casa Blanca su vicepresidente, Harry S. Truman. Este típico norteamericano de clase media, 61 años de edad, no estaba al corriente del *Proyecto Manhattan,* lo que muestra, por un lado, el gran secreto que rodeaba la investigación atómica y, por otro, las escasas atribuciones de los vicepresidentes norteamericanos mientras viven los presidentes. El 25 de abril le pusieron al corriente Stimson y el general Groves. La bomba aún tardaría meses en estar lista, por tanto, el plan ya adoptado era lanzarla sobre Japón si no hubiera capitulado antes.

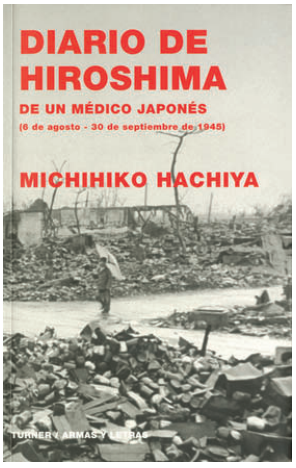
Truman quedó sumido en un mar de dudas. "No me gusta nada esta arma", llegó a decir; le repugnaba la responsabilidad de abrir el infierno nuclear, cuyas consecuencias entonces sólo eran teóricas: se calculaba con notable precisión su poderío destructor, valorado en toneladas de TNT, pero se desconocían sus efectos radioactivos. Sin embargo, los intereses militares resultaban claros. A finales de abril, llegaban a Estados Unidos aterradoras informaciones sobre pérdidas humanas en la toma de Iwo Jima y Okinawa, cuyo saldo final sería 19.500 muertos y unos 57.000 heridos.

Si ése había sido el precio humano pagado por dos islitas periféricas, por las que murieron 150.000 japoneses, ¿cuál sería el coste de la toma de las grandes

Tras el paso del ángel exterminador

Michihiko Hachiya, director del Hospital de Comunicaciones de Hiroshima presenció la explosión de la bomba a través de los ventanales de su habitación. La casa se le cayó encima y salvó su vida, aunque sufrió numerosas heridas, porque pudo llegar a su hospital, donde fue curado.

El diario abarca cincuenta y seis días, con el comienzo marcado por la explosión, el *Pika-don* (fogonazo-estrépito) como lo denominaban los habitantes de Hiroshima antes de saber que se trataba de una bomba atómica, y el final, por el comienzo de sus relaciones habituales con militares y médicos norteamericanos. Es decir, reconstruye con una sencillez sobrecogedora los efectos de la bomba y los sucedido a su alrededor durante cuatro semanas. No es un panorama amplio, político y militar; sino íntimo, el mundo del hospital y los enfermos; pero suficientemente representativo como para que la información acumulada sea grande: cada enfermo da su versión de lo ocurrido; por



tanto, se sabe cuales fueron los efectos de la bomba en numerosas barrios de la ciudad y en los pueblos de los alrededores.

Las descripciones de la tragedia son espeluznantes en su sencillez y los avatares del hospital, paradigmáticos de lo que estaba ocurriendo en toda Hiroshima y aún en Japón: el mundo de la muerte, que no termina de pasar pese a las piras de cadáveres incinerados por el ejército; la suciedad, la falta de agua, alimentos, medicinas, ropas, camas de hospital, disciplina.

Resulta extraordinaria la fidelidad al emperador, el pesar general ante la rendición y ante la circunstancia de que tenga que ser el propio propio Hiro-Hito quien deba leerla. Llama la atención la reacción airada ante la capitulación, sentimiento que perduró en muchos. Y luego, tras el descenso de la adrenalina de los más sensatos, comienza a señalarse como responsables a los militaristas del Gobierno Tojo y, conforme transcurren los días, se advierte un lenguaje más libre: ha remitido el temor a la policía secreta.

David Solar

Michihiko Hachiya
Diario de Hiroshima de un médico japonés (6 de agosto-30 de septiembre de 1945),
Editorial Turner, 2005,
238 páginas, 19 €

Harry S. Truman, acompañado por su esposa e hija. "No me gusta este arma", dijo al enterarse de *Manhattan,* pero no dudó en utilizarla.

islas metropolitanas, que serían defendidas hasta el último aliento por más de dos millones de soldados, apoyados fanáticamente por la población civil? La valoración del Estado Mayor era sobrecogedora: un millón de bajas norteamericanas; dos millones de japonesas.

Hoy se sabe que el agotamiento del Japón era tremendo, que todo escaseaba, que la población civil estaba bastante desmoralizada, que había fisuras dentro del Ejército y que las tensiones políticas entre partidarios y contrarios a la continuación de la guerra eran profundas, pero entonces eso lo ignoraban los norteamericanos y los japoneses trataban de ocultarlo celosamente.

Muestra de los escrúpulos morales que despertó en Estados Unidos el lanzamiento de la bomba es la creación de la Comisión Provisional formada por políticos, intelectuales y militares que, con la asesoría de un Comité Consultivo de científicos relacionados con el *Proyecto Manhattan,* debatió a lo largo del mes de mayo de l945 la utilización de la bomba. Al final se impuso el criterio de emplearla, decisión que supuso un trauma para muchos de los que apoyaron su empleo, como Arthur Compton, que, aunque era un pacifista: "Quería que terminara la guerra, quería el retorno a la normalidad y tenía la esperanza de que gracias a las bombas muchos jóvenes escaparían a los horrores de la guerra y tendrían la posibilidad de vivir en vez de morir".

El científico arrepentido

Probablemente aún fue más profundo el desgarro interior que sufrió alguno de sus promotores, como Szilard que, derrotada la Alemania hitleriana y disipada ya su amenaza nuclear, se oponía a su utilización y creó una comisión antibomba, cuya finalidad era exigir "de manera apremiante que se explicaran en toda su gravedad los problemas causados por la liberación de la energía nuclear y que se adoptaran todas las medidas cautelares necesarias". Pero incluso entre quienes le apoyaron subsistían las dudas. Uno de los científicos que había firmado la declaración de Szilard expresaba sus sentimientos encontrados: "¿Es que no tienen derecho a beneficiarse de las nuevas armas los soldados que están arriesgando la vida por la nación?".

Al final, la Comisión rechazó las soluciones intermedias, como el avisar previamente a Tokio y, luego, lanzar la bomba sobre un atolón desierto o sobre una isla deshabitada del propio Japón, para que pudieran apreciar los aterradores efectos de una explosión atómica. La recomendación fue que se probara secretamente la bomba y, una vez experimentado su correcto funcionamiento, que se lanzara sin previo aviso sobre una ciudad japonesa que hasta ese momento no hubiera sido atacada.

Pese a lo cual, todos trataban de tranquilizar sus conciencias y el presidente aún debatió el asunto durante todo el mes de junio. Finalmente, decidieron ofrecer a Tokio un ultimátum, bajo una grave amenaza, pero sin hablar de la bomba. Se debatió, también, la recomendación de los especialistas en asuntos japoneses, quienes suponían que si se garantizaba a Tokio el respeto y el mantenimiento de la institución imperial y de su dinastía, sería más probable su capitulación... Y, lamentablemente, se impusieron los halcones, es decir, quienes rechazaron tal concesión. El general Marshall tuvo la última palabra y tampoco estuvo muy afortunado, como se vería: se respetaría al emperador y a su dinastía dentro de un sistema constitucional, pero no se le comunicaría a

Tokio. Los halcones no sólo lo eran, sino que trataban de parecerlo y de no mostrar ningún síntoma de debilidad o concesión al enemigo.

Gran Bretaña, que participaba distantemente en el *Proyecto Manhattan,* hasta el punto de que, según confesaría Churchill, nada sabían sobre las fechas en que podría estar lista la bomba para su experimentación, fue, sin embargo, invitada al debate sobre su utilización. El *premier* escribe en sus memorias: "... La aprobación británica para usar la bomba se concedió el 4 de julio. La decisión final dependía, entonces, del presidente Truman, que es quien tenía la bomba, pero jamás dudé de cuál sería la decisión ni tampoco he dudado desde entonces de que tuviera razón. Sigue siendo un hecho histórico y así se debe juzgar con posterioridad, que la decisión de si usar o no la bomba atómica para obligar a Japón a rendirse ni siquiera se tuvo que discutir. Todos estuvimos de acuerdo de forma unánime, automática e incuestionable, ni siquiera escuché la menor sugerencia de que debiéramos hacer otra cosa".

Amanecer en Nuevo México

Ése era el panorama político respecto a la bomba cuando el presidente Truman embarcó en el crucero *Augusta* rumbo a Alemania, a donde llegaría el 14 de julio. Para esa fecha, la bomba debería haber sido probada, pero el ensayo se pospuso hasta la madrugada del día 16. El ingenio destinado a la prueba sería del mismo tipo que *Little Boy* (*Muchachito*), es decir, empleaba uranio 235 producido en la factoría de Kentucky. Pero el *Proyecto Manhattan* disponía de otra bomba, ésta de plutonio, fabricado en Washington, cuyo prototipo se denominaba *Fat Man* (*Hombre Gordo*). Esta última tenía la ventaja de conseguir mayor poder destructivo con apenas 5 kilos de material radioactivo (la de uranio precisaba de 20 kg), pero planteaba un problema: su mecanismo de explosión era tan complejo que aconsejó probarla para no arriesgarse a un fallo. Es decir, al final, en vez de probarse la bomba de uranio 235 se experimentó la de plutonio. Para la prueba se eligió un polígono de tiro del Ejército situado en el desierto de Nuevo México, a unos 260 kilómetros de la base y a unos 80 de Alamogordo, la población más próxima.

Robert Oppenheimer dirigió el *Proyecto Manhattan* y apoyó su empleo; luego comenzó a tener dudas y se opuso a la bomba H.

El domingo 15 de julio, por la tarde, fue montada la bomba e izada a una torreta de treinta metros de altura. A las 5 de la mañana del 16 de julio, Robert Oppenheimer apretó el disparador y treinta segundos después se produjo la explosión de aquella primera bomba atómica, cuya onda expansiva fue captada a más de 400 kilómetros de distancia y cuyo resplandor causó el asombro a gentes que fueron sorprendidas por la salida del sol a una hora y en un lugar inhabituales.

El auténtico padre de la bomba, el físico Oppenheimer, quedó impresionado: "Recordé una frase de la *Bhagavad-Gita*: soy la muerte, el destructor de los mundos". El general Farrell, ayudante de Groves, escribió "Toda la región fue bañada por una luz devoradora, mucho más potente que la del sol del mediodía... La presión del aire golpeó violentamente a seres y cosas y, casi inmediatamente, se escuchó un prolongado y lúgubre rugido, semejante al que se producirá a la llegada del Juicio Final".

Truman recibió el mensaje que le comunicaba el éxito de la prueba en la tarde del lunes 16 de julio y ordenó al secretario de Defensa, Stimson, que informara a Churchill. Éste recordó así la recepción de la trascendental noticia: "Por la tarde se presentó Stimson en mi residencia y me puso delante una hoja de papel en la que estaba escrito 'Los bebés han nacido bien'. Por su actitud me di cuenta de que había ocurrido algo extraordinario (...) Pero nadie podía calcular todavía las consecuencias militares inmediatas del descubrimiento, ni se había medido ninguna otra cosa". Lord Moran, asesor médico de Churchill, recordaría que el *premier*, impresionado, exclamó: "¡Si el fuego fue el primer descubrimiento, éste es el segundo!".

Acuerdo unánime

Según Churchill, al día siguiente, 17 de julio, temprano, se reunió con el presidente norteamericano y ambos examinaron los detalles de la prueba llegados por vía aérea. Al parecer, ninguno de los dos expresó duda alguna sobre su utilización, estando de acuerdo que ello significaría el ahorro de millares de vidas angloamericanas y japonesas. El *premier* dice en sus memorias: "El acuerdo fue unánime, automático, nadie puso la menor objeción en nuestra mesa y jamás oí decir a nadie que debiéramos actuar de otro modo (...) Veía en la aparición de esta arma casi sobrenatural una excusa que salvaguardaría el honor de un pueblo cuyo valor había admirado siempre, y lo liberaría de la obligación de dejarse matar hasta el último hombre capaz de combatir".

Por otro lado, la posesión de la bomba atómica, según Churchill, quitaba todo interés occidental a la participación de la URSS en la guerra, que Stalin había reiteradamente prometido en ocasiones anteriores, la última de ellas en la Cumbre de Yalta. Por eso no se explica bien que ese mismo mediodía del 17 de julio, horas antes de que se inaugurara la Cumbre de Potsdam, Truman volviera a hablar con Stalin de la intervención soviética en la guerra contra Japón (ver *La Aventura de la Historia*, núm. 81, julio 2005).

El 21 de junio le llegaron al presidente noticias complementarias sobre el experimento. El informe del general

Tripulación del *Enola Gay*. En el centro, de pie, el copiloto, mayor Ferebee (con bigote), quien efectuó el lanzamiento sobre Hiroshima, y el coronel Tibbets, jefe de la misión.

General George Marshall. Hubiera podido dar alguna oportunidad a Japón, anunciando que se respetaría la institución imperial.

Groves decía: "La energía liberada por la explosión es superior al equivalente de 15.000 a 20.000 toneladas de TNT. Hasta ahora, la mano del hombre nunca ha creado un fenómeno de potencia tan alucinante".

Stimson comenta en sus memorias: "El presidente se sintió rejuvenecer con esa noticia y me la comentaba cada vez que nos veíamos a solas. Me confesó que eso le proporcionaba un sentimiento de confianza absolutamente nuevo". A esas alturas, le quedaban a Truman tres asuntos por dilucidar respecto a la bomba: informar a Stalin, advertir a Japón y, caso de que no capitulara, ordenar que se efectuara el lanzamiento.

Pospuso la información a Stalin hasta el día 24. Tras levantarse la sesión plenaria de la tarde, "señalé de pasada a Stalin que poseíamos una nueva arma cuya potencia de destrucción era excepcional, pero el jefe del Estado soviético no pareció interesarse demasiado por esta noticia. Se contentó con decir que estaba dichoso por saberlo y que esperaba que haríamos buen uso de ella contra los japoneses" *(Memorias)*.

Stalin debía estar al corriente de los avances nucleares norteamericanos. Probablemente, la noticia ni le sorprendió ni él intentó simular sorpresa. Políticamente jugaba con un novato como Truman, que no logró en Potsdam ni una sola baza para EE UU. El éxito atómico de Alamogordo no influyó nada en la conferencia, ni intimidó a la URSS en su política exterior futura, pese al monopolio nuclear que durante cuatro años ostentó Washington. En este punto hay quien se pregunta si la aparente indiferencia de Stalin tuvo algo que ver en el lanzamiento de la bomba. Aparte de los motivos militares, ¿no sería Hiroshima, también, un alarde norteamericano? ¿El ataque atómico no sería el primer capítulo de la Guerra Fría?

Tokio no lo entendió

Pero volvamos a la última semana de aquel mes de julio de hace sesenta años. El día 26, los aliados enviaron a Japón un ultimátum en el que se exigía su rendición incondicional e inmediata, que de no producirse llevaría a la destrucción total y fulminante del territorio metropolitano. Tokio, que negociaba su capitulación utilizando los "buenos oficios" de la URSS, no percibió claramente el designio aliado sobre su sagrada institución imperial, y el primer ministro, Kantaro Suzuki, rechazó el ultimátum el 28 de julio... Advertido del empecinamiento japonés, Truman ordenó el ataque nuclear, con la mayor urgencia posible, pues deseaba que Japón capitulase antes de que se produjera la ya inevitable declaración de guerra soviética.

¿Hubiera sido posible, todavía, frenar el ataque atómico? Existen algunos argumentos favorables a una respuesta afirmativa. El jefe del Gobierno japonés, almirante Suzuki, y su ministro de Exteriores, Shinegori Togo, estaban buscando desesperadamente un armisticio. Aparte del acercamiento a Moscú para que actuara como mediador –del que Stalin no hizo ni la mínima mención a Truman–, sus diplomáticos en Suiza ya se habían puesto en contacto con la oficina que allí tenía Allen W. Dulles, jefe del Servicio de Información norteamericano, antecedente de la CIA. Por tanto, es probable que, con más tiempo, más presión militar convencional, la amenaza de la inminente declaración de guerra por parte de la URSS y garantías expresas de respeto hacia el emperador, se hubiera podido evitar el bombardeo atómico.

En contra se argumenta que, incluso después de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki y de la ofensiva soviética, aún los militares se resistieron durante cinco días a capitular y que hubo un intento golpista para impedir la rendición. Por otro lado, como escribía hace una década el profesor Kaspi: "En agosto de 1945, Estados Unidos no podía sustraerse de las obligaciones de la guerra del Pacífico (...). Miles de soldados norteamericanos morían cada día. No era el momento para la conmiseración. Truman

no tenía otra opción". Un clásico de las relaciones internacionales, André Fontaine, introdujo otro elemento en los motivos norteamericanos: "Es difícil imaginar que un invento tan formidable como la bomba atómica pudiera mantenerse en secreto en el momento en que la ola soviética amenazaba, en los años de la posguerra, con abatirse sobre Europa e, igualmente, que los rusos, por su parte, no hubieran logrado obtenerla" (*Historia de la Guerra Fría*).

He aquí el fuego

La conferencia de Potsdam se cerró oficialmente el 2 de agosto. Al día siguiente, el presidente Truman embarcó en el crucero *Augusta* de regreso a casa. En la noche del 5 de agosto se hallaba en pleno Atlántico, entre Europa y Estados Unidos. Mientras cenaba acompañado por alguno de sus colaboradores, veinte mil kilómetros hacia el oeste, aproximadamente, volaba el *Enola Gay*. En la crítica madrugada del 6 de agosto, la monótona tensión a bordo del bombardero, acompañada por el ronquido de sus cuatro poderosos motores, sólo era quebrada, de tarde en tarde, por algún bache de aire frío. La duración del vuelo entre Tinian y el archipiélago japonés se les hacía interminable. "Menos mal –comenta el coronel Tibbets con su copiloto– que los objetivos elegidos están al sur del Japón". Él lo ignoraba, pero los posibles blancos habían sido designados cuidadosamente: no deberían ser ciudades ya bombardeadas, pues se deseaba conocer los efectos reales y completos de una sola bomba; no sería una ciudad de gran significado histórico (por ejemplo, fue descartada Kioto); tendría que tratarse de un blanco militarmente interesante, bien por su industria, por sus comunicaciones o por sus instalaciones militares. Tras múltiples descartes, se habían estudiado cuatro objetivos: Hiroshima, Nagasaki, Kokura y Niigata y dos de ellos estaban en las órdenes de Tibbets: Hiroshima y, si no hubiera visibilidad, Kokura.

Dos de los tripulantes del *Enola Gay*, "los que lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima", en un desfile por Nueva York. La mayoría de los norteamericanos aprobó el bombardeo.

El día comenzó a clarear poco antes de las ocho de la mañana, hora de Tinian, una hora menos en Hiroshima. La ciudad contaba en aquella época con cerca de medio millón de habitantes, que se despertaban o ya acudían al trabajo felices por encontrarse indemnes un día más. Centro industrial, importante puerto, base del 2º Ejército japonés de defensa territorial, Hiroshima era la envidia de todas las ciudades japonesas: parecía que la fortuna protegía a aquella población, no visitada por los B-29 que habían asolado durante el último semestre los grandes centros urbanos de Japón. Sobre la ciudad había nubes ligeras y el día se prometía soleado. Las puertas de las casas comenzaron a abrirse y pronto las calles estuvieron muy concurridas por los millares de obreros que se dirigían a sus puestos de trabajo. En ese momento, comenzó a sonar la alarma aérea.

El doctor Michihiko Hachiyase la oyó mitigada por las brumas algodonosas del sueño pero, poco después, terminó de despertarse cuando volvieron a sonar las sirenas, concluyendo el estado de alarma. No muy lejos, en el colegio de los jesuitas, el padre Pedro Arrupe estaba desayunando cuando escuchó el ulular de las sirenas y en aquel momento sintió temor por los alumnos que estarían en la calle camino del colegio. Terminó el desayuno y se dirigió a su habitación, presa de una gran aprensión, con otro sacerdote para resolver algunos asuntos del colegio.

El grupo de los tres bombarderos B-52 de Paul Tibbets había sido detectado por los observadores de la defensa antiaérea japonesa cuando penetró en el cielo de la isla de Shikoku, volando a 10.000 metros de altura casi en línea recta hacia Hiroshima, pero luego rectificaron su información: ¡Falsa alarma! El servicio meteorológico informaba a esas horas al *Enola Gay* que la visibilidad era casi perfecta en la zona. La suerte de Hiroshima estaba echada. A las 8 de la mañana hora local (el reloj de Tibbets

La mayoría, a favor

Una encuesta de la revista *Fortune* de diciembre de 1945 reflejaba los sentimientos norteamericanos respecto a la utilización de bombas atómicas para rendir a Japón:

Términos de la encuesta	%
– No debió utilizarse la bomba	4,5
– Debería haberse probado antes en un lugar deshabitado para advertir a los japoneses de su potencia y emplearla si el aviso resultara infructuoso	13,8
– Fueron utilizadas correctamente	53,6
– Debieron arrojarse más bombas antes de brindar a Tokio la opción de capitular	22,7
– Sin opinión	5,5

marcaba las 9), los servidores de las baterías antiaéreas comenzaron a escuchar el zumbido de los motores, aunque no veían los aviones a causa de la altura de vuelo y de algunas nubecillas que estorbaban la visión de los artilleros. Justo en esos momentos el capitán Parsons y su ayudante revisaban por última vez la bomba.

La hora del Apocalipsis

A las 8.11 horas el avión llegó a las proximidades de la zona de lanzamiento. El mayor Ferebee, bombardero del *Enola Gay*, se hizo cargo de los mandos y situó el avión a 31.600 pies de altura (9.630 metros), en la posición de lanzamiento y a la velocidad de 500 km/h. Cuatro minutos más tarde, a las 8 horas, 15 minutos y 17 segundos, lanzó la bomba. Tibbets recuperó los mandos, aceleró a fondo y dio un viraje para alejarse todo lo posible de la zona de explosión.

Little Boy comenzó a descender hacia la ciudad con la velocidad del rayo, pero, de pronto, se abrió un paracaídas en su parte trasera y se redujo la inercia de la caída. Cincuenta segundos después del lanzamiento, a las 8h16'7", cuando se hallaba a 560 metros del suelo, estalló, liberando una energía hasta entonces inimaginable, equivalente a 12.500 toneladas de TNT, que generó en el punto de la explosión una temperatura de unos 300.000 grados. Un globo de cegadoras luces de colores cubrió la ciudad durante unos segundos; luego, Hiroshima fue envuelta por espesas tinieblas de polvo, cenizas y humo. En un radio de cuatro kilómetros bajo el epicentro de la explosión se alcanzaron los 3.000 grados de temperatura, que lo devoraron todo en cuestión de segundos.

Cuando se produjo la explosión, el *Enola Gay* se hallaba aproximadamente a unos 18 kilómetros. Tibbets relató tres días después: "... Es difícil expresar lo que vimos: aquel brillo cegador, aquella aterradora masa de humo negro que ascendía hacia nosotros a una velocidad extraordinaria, después de haber cubierto la ciudad, cuyas calles y casas aún distinguíamos segundos antes". Una hora después, a más de quinientos kilómetros de distancia, desde el bombardero seguían viendo el negro hongo atómico, que se había elevado a 20.000 metros de altura.

En el suelo, la muerte, la destrucción y el caos. La zona más afectada sencillamente había desaparecido, quedando en pie sólo los esqueletos de los edificios de hormigón. Los puentes, las verjas, los tranvías y todos los objetos metálicos se convirtieron en informes amasijos de chatarra retorcida. Las personas, los animales, las casas de madera, los árboles y cuanto era combustible se volatilizó. Fuera del epicentro, las casas se derrumbaron e incendiaron, los árboles y setos ardían, las personas vagaban enloquecidas, sin rumbo, desnudas, cubiertas de heridas, con graves quemaduras y terribles heridas ocasionadas por cristales y astillas de madera.

Desolación en Hiroshima. La ciudad, literalmente, había desaparecido; gran parte de sus habitantes había muerto, estaba herida o afectada por la radiación.

Oscuridad y silencio aterrador

El doctor Michihiko Hachiya había sido desvelado por las sirenas y, somnoliento, vivió el momento desde minutos antes de que se produjera la explosión: "La hora era temprana; la mañana, tibia, apacible y hermosa. Por los ventanales abiertos que dan al sur contemplé distraído el agradable contraste que ofrecían las sombras de mi jardín con el brillo del follaje, tocado por el sol desde un cielo sin nubes. Yo estaba en ropa interior, tendido cuan largo era en el piso de la sala, exhausto después de pasar la noche en vela (...). De pronto, un resplandor intenso me volvió a la realidad; luego, otro. Con esa nitidez inexplicable con que solemos rememorar los pequeños detalles, con esa misma claridad, recuerdo que un farol de piedra del jardín se encendió con luz brillante, y que me pregunté si se trataría del fogonazo de una lámpara de magnesio o chispas de un cable del tranvía".

El médico observó que, de pronto, mientras la casa se le caía encima, las tinieblas envolvían la ciudad minutos antes luminosa. Salió de casa, escapando del revoltijo de vigas, maderas, cristales, papel y telas. Cubierto de sangre alcanzó el jardín, donde halló a su esposa en un estado igualmente lamentable. Trataron de ganar la calle y tropezaron ambos, rondando por una pequeña escalera. "Al ponerme en pie trabajosamente, vi que lo que había detenido nuestra carrera era la cabeza de un hombre.

–¡Perdón! –grité, histérico– ¡Disculpe!

Ambos siguieron andando hacia el cercano hospital, donde el médico llegó a tiempo para que le curasen sus graves heridas. En aquel corto recorrido, que se le hizo eterno, constató varios fenómenos que constituyeron la experiencia de todos los supervivientes:

> LA GENTE CORRÍA ENTRE LAS RUINAS SIN RUMBO, DESNUDA, CUBIERTA SÓLO POR LA SANGRE DE SUS HERIDAS, EN UN SILENCIO ATERRADOR

era sobrecogedora la tremenda oscuridad, el denso polvo que impedía respirar, el crepitar de las llamas, el crujir de las estructuras que se desmoronaban, el silencio de las personas que corrían por la calle mutiladas, heridas, ensangrentadas, desnudas y en profundo silencio.

¡Sálveme, que no puedo más!

El padre Arrupe tuvo más suerte. "Estaba yo en mi cuarto con otro padre, a las ocho y cuarto de la mañana, cuando de repente vimos una luz potentísima, como un fogonazo de magnesio disparado ante nuestros ojos. Nos levantamos para ver lo que sucedía y al ir a abrir el aposento oímos una explosión formidable, parecida al mugido de un terrible huracán, que se llevó por delante puertas, ventanas, cristales, paredes endebles... que, hechos añicos, iban cayendo sobre nuestras cabezas (...).

Subimos a una colina para ver mejor lo ocurrido y desde allí pudimos distinguir en dónde había estado la ciudad, porque lo que teníamos delante era una Hiroshima completamente arrasada.

Como las casas eran de madera, papel y paja, y era la hora en que todas las cocinas preparaban la primera comida del día, con ese fuego y los contactos eléctricos, a las dos horas y media de la explosión, toda la ciudad era un enorme lago de fuego (...).

Ante los ojos espantados se abría un espectáculo sencillamente indescriptible, visión dantesca y macabra, imposible de seguir con la imaginación. Teníamos delante una ciudad completamente destruida, por la que íbamos avanzando sobre los escombros, cuya parte inferior estaba aún llena de rescoldos. Cualquier descuido podía sernos fatal.

Pero mucho más terrible era la visión trágica de aquellos miles de personas heridas, quemadas, pidiendo socorro. Como aquel niño con quien me tropecé, que tenía un cristal clavado en la pupila del ojo izquierdo, o aquel otro que tenía clavada en los intercostales, como si fuese un puñal, una gruesa astilla de madera. Sollozando, gritaba:

–Padre, sálveme, que no puedo más.

Japoneses y norteamericanos, sesenta años después

Con ocasión del 50 aniversario del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, André Kaspi, profesor de Historia de América del Norte en la Universidad de París I y director del Departamento de Ciencias del Hombre y de la Sociedad en el CNRS, escribió un memorable artículo del que se han entresacado algunos párrafos sobre la visión que de aquella tragedia guardan los japoneses y los norteamericanos.

"Para los japoneses, el aniversario de Hiroshima es doloroso. ¿Cómo no iba a serlo cuando se hace el recuento de los muertos y de los irradiados supervivientes, a los que llaman los *hibakusha,* es decir, las víctimas, y cuando se evocan las terribles amenazas que el arma atómica representa para el mundo entero? Lo que merece realmente una reflexión es precisamente el término víctimas. Sin lugar a dudas, los japoneses de 1945 no fueron todos culpables de los abusos y violencias que el ejército imperial cometió en el Pacífico, en China o en Filipinas.

Pero los japoneses de 1995 minimizan el papel y el comportamiento de sus padres y abuelos. Insisten, ante todo, sobre la necesidad de defender la paz. ¿Quién se atrevería a contradecirles? El museo de Hiroshima lleva el nombre de Memorial de la Paz. Y el alcalde de la ciudad añade: 'Queremos hacer saber al mundo entero que hemos superado nuestra tristeza y muestro dolor, y que hemos reconstruido nuestra ciudad sobre los principios de la paz'. Al fin y al cabo, las bombas atómicas golpearon a una nación agotada.

Pero los japoneses nunca o casi nunca hablan de Pearl Harbor. Se olvida su fanatismo o, al menos, se minusvalora. El Estado policía ocultó parte de la verdad: la incapacidad de los militares para admitir la derrota; su negativa a entender las dimensiones de las destrucciones de los días 6 y 9 de agosto; la descripción, bastante superficial, de las instalaciones militares de Hiroshima... todo ello es una prueba de que los japoneses cierran todavía sus ojos y sus oídos. Queda por saber si, del lado norteamericano, la historia está mejor enseñada, asimilada y comprendida".

La visión norteamericana

"En cuanto a los americanos, cedieron a la tentación de la violencia. Ellos también fueron insensibles ante el sufrimiento. Tendrán que mirar de frente, sin disimulos, la tragedia de agosto de 1945. Pero esta toma de conciencia tarda en producirse. Falta un profundo conocimiento del Japón imperial. Entre los años 1942 y 1945 el razonamiento de los norteamericanos era, realmente, muy simplista. Para ellos, los japoneses eran enemigos despreciables e infinitamente peligrosos. Atacaron por sorpresa y a traición la base naval de Pearl Harbor, causaron miles de muertos y mandaron al fondo del océano buena parte de la flota norteamericana del Pacífico. Roosevelt creía o fingía creer que las dimensiones reducidas del cerebro de los japoneses eran la razón de su crueldad. Temía tanto la reacción de sus compatriotas que filtró las noticias del Pacífico por miedo a que los norteamericanos renunciaran a la prioridad de la guerra contra Alemania, alfa y omega de la estrategia norteamericana, para dar prioridad a la lucha contar Japón. El cine de Hollywood refleja esta forma de pensar: presenta al japonés como un salvaje, insensible ante los sentimientos humanos, capaz de lo peor en su enfrentamiento contra los norteamericanos, fanático hasta el punto que sería capaz de hacer padecer lo indecible a los demás, conservando siempre su impasibilidad.

No era sólo propaganda. La guerra fue horrible. Los japoneses habían ejecutado prisioneros de guerra. En las Filipinas, la marcha de la muerte en Batán y la masacre de Palawan fueron trágicas pruebas de su barbarie. Los periódicos difundieron una fotografía en la que se veía a un prisionero norteamericano con los ojos vendados, decapitado por un oficial japonés. El ejército imperial cometió crímenes de guerra y, con frecuencia, el fanatismo llevó a los súbditos de Hiro-Hito a errar el camino.

El Imperio del sol naciente no fue la desgraciada víctima del verdugo. Es preciso también que el Japón de hoy en día tome conciencia de ello y lo reconozca sin rodeos. A fin de cuentas, el debate de 1995 no se parece al de 1945. Hace cincuenta años, la guerra hacía estragos; miles de soldados norteamericanos morían todos los días. No era momento para la conmiseración. Truman no tenía otra opción, pero le costó mucho tomar aquella decisión que, ciertamente, aceleró el final de la lucha".

(André Kaspi, *L'Histoire*, núm. 188, 1995).

O aquel otro, cogido entre dos vigas y con las piernas completamente calcinadas hasta la rodilla. Así íbamos avanzando, cuando vimos de pronto venir hacia nosotros a un joven corriendo como loco, mientras pedía socorro: hacía ya veinte minutos que oía las voces de su madre, sepultada viva entre los escombros de su casa. Las llamas estaban ya calcinando su cuerpo, mientras él hacía inútiles esfuerzos por levantar las vigas de madera que la aprisionaban.

Más impresionantes eran aún los gritos de los niños llamando a sus padres. Otros habían perecido, como las 200 alumnas de un colegio. El tejado se les había derrumbado encima sin que una sola se escapase de las llamas".

Uno de los efectos de la bomba: la piel se cubría de ampollas dolorosísimas que, enseguida, comenzaban a supurar pus. Los médicos desconocían cualquier posible medicamento eficaz.

Nagasaki, también

Truman recibió la noticia en pleno Atlántico, poco después de la cena y todos le felicitaron, seguros de que Japón capitularía en cuestión de horas. El presidente se las prometía muy felices, pensando que, además de terminar con sus pérdidas en el Pacífico, la inmediata rendición de Tokio impediría la intervención soviética. Pero no ocurrió así. La reacción oficial del Gobierno japonés fue nula. Siguió discutiendo sobre las garantías que deberían exigírseles a los norteamericanos sobre el respeto a la institución imperial y a la figura del emperador.

A medianoche del 6 de agosto captaban en Tokio el mensaje del presidente Truman, que revelaba la naturaleza del explosivo: "Hemos lanzado una bomba atómica" y, recordando el ultimátum lanzado desde Potsdam, advertía: "Si ahora no aceptan nuestras condiciones pueden esperar una lluvia de fuego que sembrará más ruinas que todas las hasta ahora vistas sobre la tierra. Al ataque aéreo seguirán fuerzas marítimas y terrestres más numerosas y poderosas que lo hasta ahora visto. A la vista tienen ya una muestra de este nuevo tipo de guerra". Pero Japón no cedió.

Eso otorgó a Stalin el tiempo imprescindible para declarar la guerra a Tokio. El 8 de agosto, las tropas soviéticas irrumpieron en Manchuria, hallando una resistencia poco más que simbólica. Al día siguiente, 9 de agosto, el mayor Charles W. Sweeney, comandante de la fortaleza volante B-29 *Bok's Car*, lanzaba la bomba de plutonio, *Fat Man*, sobre Nagasaki. Curiosamente, el blanco primordial señalado era la ciudad de Kokura, pero cuando el bombardero volaba hacia ella el servicio meteorológico le anunció que estaba cubierta de nubes; por eso se desvió hacia su blanco alternativo y Nagasaki recibió la vista del ángel exterminador.

Ni Hiroshima, ni la beligerancia soviética, ni Nagasaki, doblegaron a Japón. El Gobierno era partidario de capitular ya, pero el ejército aún porfiaba por la victoria. Hubo de intervenir el emperador. La trascendental reunión comenzó a medianoche del 9 de agosto, hora japonesa. Lo de menos en las dramáticas discusiones fue la capitulación; lo importante, las consecuencias: ocupación extranjera, desarme, responsabilidades de guerra y, por tanto, procesamiento de los responsables. Shinegori Togo recordó la excepcional intervención del emperador: "Declaró, sosegadamente, que aceptaba la opinión del ministro de Asuntos Exteriores. No se podía tener ya confianza en la victoria final que el ejército proclamaba, pues había ocurrido que, a menudo, sus pronósticos habían sido rebatidos por la realidad. En lo que se refería a las posibilidades de rechazar la invasión, el emperador, a título de ejemplo, mencionó el caso de las playas de Kujukurihama, cuyas defensas no estaban concluidas. Era el momento de afrontar lo insoportable. Se sometería a las condiciones impuestas por la declaración de Potsdam para conservar, al menos, la configuración nacional del país" (citado por Eddy Bauer).

Restos de la cúpula de cristal del Palacio de la Exposición de Hiroshima, conservado en memoria de la catástrofe del 6 de agosto de 1945.

La reunión concluyó a las 2.30 de la madrugada del 10 de agosto. La noticia de que Tokio capitulaba llegó a Washington a media tarde del 9 de agosto. Norteamérica brindó por la victoria. La guerra había terminado. Sin embargo, entre las burbujas del champaña y la firma de la capitulación a bordo del acorazado *Missouri*, el 2 de septiembre, aún viviría el militarismo japonés su último cuarto de hora. ■

El pasado está vivo

Justo cuando se cumple el 60 aniversario de su rendición en la II Guerra Mundial, Japón revive su pasado nacionalista, plagado de odios y crímenes contra sus vecinos asiáticos, especialmente contra China y Corea del Sur.

El templo sintoísta de Yasukuni, situado en el centro de Tokio, en la colina Kudan, al noroeste del Palacio Imperial, es quizá uno de los escenarios en los que mejor se refleja el auge del nacionalismo nipón. Se creó en 1869 por orden del emperador Meiji para conmemorar los muertos de su restauración dinástica. En un principio, se denominaba *Tokio Shokonsha* y era el lugar donde se veneraba a *los divinos espíritus* de los que morían por su país; luego pasó a llamarse *Yasukuni Jinja*, o *templo del país pacífico*.

Allí son recordados 2,5 millones de caídos en la guerra. En 1978 se incluyeron los nombres de 14 criminales de clase A, juzgados y condenados al terminar la II Guerra Mundial. Entre ellos, el general Hideki Tojo, el primer ministro que llevó a Japón a la guerra, uno de los siete japoneses condenados a la horca por los aliados. El nulo valor que los japoneses conceden al Tribunal de Tokio, que pronunció aquellas condenas, demuestra que el nacionalismo nipón que condujo a Pearl Harbor, no ha muerto.

Yasukuni forma parte de la ruta turística de Tokio, la megalópolis por cuyo metro circulan a diario 29 millones de personas. Los turistas pueden ver allí, aparte de bellas armaduras ceremoniales de samurai, armas más modernas, como las utilizadas en la guerra contra Rusia, de hace un siglo o de las empleadas durante los años treinta y cuarenta y hasta una réplica del *Oca*, la bomba kamikaze con alas lanzada por un cohete... Pese a la popularidad del lugar, los políticos japoneses no lo visitaban oficialmente por temor a resucitar las heridas del pasado.

Sin embargo, el 13 de agosto de 2001, en vísperas del aniversario de la rendición de Japón, el primer ministro japonés, Junichiro Koizumi, visitó Yasukuni. China –que hasta 1972 no había normalizado sus relaciones con Japón– se encolerizó.

Aquella visita quizás indicaba que el militarismo japonés no había muerto. Ciertos indicios lo confirman. La Dieta –el Parlamento japonés– aprobó el 24 de mayo de 1999 una ley que permitía colaborar al ejército nipón con las fuerzas de la Armada estadounidense en zonas donde supuestamente peligrara la seguridad japonesa. Esta ley contradice de raíz el famoso artículo 9 de la Constitución japonesa, en vigor desde el 3 de mayo de 1947, y dictada por las fuerzas de ocupación norteamericanas dirigidas por el general Douglas MacArthur. Japón ha utilizado durante décadas la baza de una Constitución pacifista para salvaguardar su imagen de país modélico, adalid de la vanguardia y que había enterrado su expansión imperialista. El pacifismo fue para los nipones "la forma de salvar la monarquía" (John Dower, *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*).

Sin embargo, las eufemísticamente denominadas Fuerzas de Autodefensa (el ejército japonés), creadas en la década de los cincuenta, encuadran hoy a más de 250.000 soldados y están dotadas del tercer presupuesto de Defensa del planeta, por orden de magnitud.

En 2003 el primer ministro, Junichiro Koizumi, fue más lejos, olvidó sesenta años de pacifismo y envió tropas a la guerra de Iraq. Actualmente, Japón tiene desplegados en ese país a 600 soldados. El Gobierno parece que está dispuesto a recuperar el lema *Fukoku Kyohei*: "País rico, ejército fuerte" (Ian Buruma, *La creación de Japón 1853-1964)*.

Y es que Japón ha pasado de ser un país paupérrimo, donde la gente se moría literalmente de hambre tras el holocausto de Hiroshima y Nagasaki, a convertirse en la segunda economía del planeta. Los celos de Japón respecto al fulgurante ascenso de China como superpotencia mundial podrían estar detrás de esta remilitarización del Japón.

Y China no perdona que Japón falsee la invasión japonesa y la guerra de 1937 a 1945 que se saldó con más de diez millones de muertos. Pekín califica los libros japoneses de Historia que comenzarán a estudiarse en

El primer ministro japonés, Junichiro Koizumi, reza ante el altar que recuerda a los japoneses muertos en la II Guerra Mundial, en el templo sintoísta de Yasukuni

Protestas en Corea ante la visita del primer ministro japonés, acusado de ostentaciones nacionalistas y de permitir la tergiversación del pasado en los libros escolares de historia.

los colegios el próximo año como "veneno para las mentes de los jóvenes japoneses". En ellos aparece aquella guerra embellecida como una gesta heróica y patriótica, en la que no se contemplan episodios como la Matanza de Nankín, donde los japoneses mataron en un mes a más de 200.000 personas, en gran parte civiles –al parecer, se utilizó a centenares para prácticas en el ataque a la bayoneta o en adiestramiento de decapitación con sable– y violaron a 80.000 mujeres. El mismo clamor se levanta en Corea...

Claro, hay japoneses que están en contra de esos textos: por ejemplo, los investigadores japoneses han sido los primeros en averiguar y difundir datos sobre aquella salvajada. Pero la mayoría los aprueba: han pasado nada menos que 120 revisiones, que hallaron plausible esa tergiversación histórica.

Comienza a ocurrir hoy como sucedió durante la II Guerra Mundial. La expansión militar nipona no se correspondió con un seguimiento popular entusiasta: "Un buen número de japoneses vio con preocupación el curso de los continuos lances bélicos. Las pertinentes proclamaciones triunfales, los gritos de *Banzai* y las añejas demostraciones de alegría entre la población no lograron ocultar el largo tiempo que los japoneses llevaban privados de alimentos, viviendo con escasez y alimentándose de promesas de paz victoriosa" (Florentino Rodao, *Franco y el Imperio japonés*). Y, sin embargo, la mayoría del país estaba orgullosa de la guerra, celebraba sus exageradísimas victorias y aún en 1945 estaba dispuesta a resistir a ultranza.

¿Cómo pudo pasar aquello? Hiro Hito, el emperador *Showa* (*Paz radiante*), accedió al trono del Crisantemo el día de Navidad de 1926. Encabezaba una nación de 56 millones de habitantes que necesitaba espacio para consolidarse entre los países líderes del mundo. China tenía el hierro y las materias primas que necesitaba Japón. "La guerra se convirtió para Japón en una solución rápida a los problemas y en la respuesta fulminante a sus aspiraciones" (Manuel Leguineche, *Recordad Pearl Harbor*). Ése fue el principio de un problema sin solución: "El inconveniente fue que Japón no supo parar cuando iba ganando en China y después no sabía que hacer para ganar a los chinos" (Florentino Rodao).

¿Y Hiro Hito? ¿Qué papel jugó el emperador, el *tenno* o Señor celestial? ¿Fue una marioneta en el auge del nacionalismo japonés? Para algunos fue el máximo responsable: él "condujo a su país a una guerra que causó casi veinte millones de muertos en Asia" (Herbert P. Bix, Premio Pulitzer 2001, *Hirohito and the Making of Modern Japan*).

Otros excusan al emperador: "Tuvo un papel importante en la dirección de la guerra, pero no comandándola sino haciendo sugerencias de vez en cuando" (Albert Axell y Hideaki Kase, *Kamikazes)*. Según estos historiadores, "el emperador creía que Japón estaba haciendo una guerra justa y, sin duda alguna, jugó un cierto papel en la guerra".

Japón ha pedido perdón por la guerra, pero China no se cree su arrepentimiento porque ve la potencia creciente del nacionalismo japonés y cómo Koizumi aumenta su potencia defensiva y visita el santuario sintoísta de Yasukuni, templo del nacionalismo. Ése era, también, el gran reproche de los manifestantes coreanos que causaron desórdenes durante su visita a Seúl el pasado mes de junio.

AGUSTÍN RIVERA
periodista, fue corresponsal de *El Mundo* en Tokio.

CASAS CONFORT

Japón ha sido, en general, recalcitrante a reconocer –y, sobre todo, a pagar– sus crímenes de guerra, las brutalidades, expolios y sevicias cometidas por su ejército durante la II Guerra Mundial en cuantas zonas ocuparon, sobre todo, en China y Corea. Un botón de muestra es el caso de las *Casas confort,* prostíbulos gestionados por las fuerzas armadas japonesas en los que fueron obligadas a prostituirse más de 200.000 mujeres, secuestradas en sus hogares y trasladadas a lupanares lejanos. Hasta 1993, Tokio no admitió la existencia de tales establecimientos y pidió disculpas, sin ofrecer compensaciones. En 1998, tres supervivientes reclamantes, ganaron un pleito y se condenó al Estado a indemnizarlas con unos 7.500 euros. A ellas les pareció una cantidad humillante; al Gobierno, una ofensa. Ambas partes recurrieron y, en 2000 y 2001, varios tribunales japonesas dieron la razón al Gobierno en ese y otros casos similares.

La opinión mundial y los diversos tribunales y foros internacionales son, sin embargo, totalmente opuestos a esa visión nacionalista y justificativa de su pasado. En diciembre de 2000, el Tribunal de las mujeres contra la esclavitud sexual, condenó al Gobierno japonés y, sorprendentemente, también al emperador Hiro Hito, muerto en 1989, porque , según pudo deducirse de la declaración de los testigos: "No fue una simple marioneta. Más bien, ejerció el poder duramente durante la guerra".

Más recientemente, diversos tribunales dependientes de las Naciones Unidas, como el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, han fallado contra Tokio y exigido indemnizaciones apropiadas, que corresponderían a unas 10.000 supervivientes. De momento, Japón deja correr el reloj a su favor.

Un caso relativamente similar es el rechazo de Japón a indemnizar a las víctimas de sus pruebas con armas biológicas, como ocurrió en China, donde al menos murieron 2.100 cobayas humanas a causa de epidemias de cólera, disentería, ántrax y tifoideas, provocadas por los experimentos japoneses. Los tribunales nipones rechazan cualquier indemnización.

El sueño de la hegemonía mundial

PODER

AUGUSTO ZAMORA analiza la carrera nuclear y su desarrollo, las razones para la no proliferación y las amenazas contra las pretensiones atómicas de Corea e Irán

Manifestación en Londres en memoria de Hiroshima y contra la carrera nuclear. En cabeza, sentados, los promotores de la Campaña para el Desarme Nuclear, Bertrand Russell y su esposa Edith Finch, que sería detenida horas después.

Afirma el historiador alemán Rainer Karlsch que el régimen nazi se quedó a un paso de fabricar su bomba atómica. Según él, científicos alemanes realizaron algunos experimentos con pequeños prototipos en la isla de Rügen, en el mar Báltico y en el hoy estado federal de Turingia, en los últimos meses de 1944 y primeros de 1945. El avance de los Aliados dejó los experimentos sin concluir y fue Estados Unidos el país que primero logró construir la bombas.

La carrera atómica, no obstante, había comenzado en 1939, con el descubrimiento de la fisión del uranio, lo que provocó una lucha desesperada entre anglosajones y alemanes por obtener primero el arma atómica, pero fue la destrucción de las ciudades japonesas lo que marcó un antes y un después en la historia de la Humanidad. Nunca jamás se había construido un arma con tal poder de destrucción y su posesión se convirtió en una obsesión para otras potencias. Para la URSS se hizo cuestión de vida o muerte, pues temía que EE UU pudiera continuar la guerra contra ella, aprovechando su monopolio nuclear. Los temores, según recoge el profesor Nikolái Yákovlev en su obra *La CIA contra la URSS*, estaban fundados, pues, en 1949, una comisión de la Junta de Jefes de Estado Mayor desarrolló un plan de ataque total contra la URSS, denominado *Dropshop*. Este plan preveía, afirma Yákovlev, un ataque preliminar que debía iniciarse el 1 de enero de 1947, lanzando 300 bombas atómicas y 250.000 toneladas de explosivos convencionales, con el propósito de destruir el 80 por 100 de la industria soviética. Después de los bombardeos, sus aliados (la OTAN a partir de 1949) atacarían la URSS con 164 divisiones terrestres. El plan, según el mismo autor, permaneció en vigor hasta 1985, con modificaciones determinadas por el aumento del poder destructivo de las armas, como un bombardeo previsto en los años 1954-1955, empleando esta vez 750 bombas atómicas, en un ataque sorpresa de dos horas de duración.

Cierto o no el plan *Dropshop*, el monopolio nuclear cimentó desde 1945, en EE UU, el sueño de imponer una supremacía mundial total, toda vez que carecía de rivales. El secretario de Estado, James Byrnes, le dijo a Truman que, con el arma atómica, ellos estaban en posición "de dictar nuestros propios términos" o, como afirmó Churchill, "poseíamos

AUGUSTO ZAMORA es profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales, UAM.

NUCLEAR

poderes que eran irresistibles". El sueño se evaporó de pronto en el otoño de 1949, cuando la URSS, para frustración de Washington, hizo estallar su primera bomba atómica, provocando una histeria anticomunista, que terminó elevando al altar del poder al tristemente célebre senador Joseph McCArthy. El éxito soviético sirvió, además, de pretexto para escalar la naciente carrera militar. En 1950, Truman ordenó la fabricación de la bomba de hidrógeno, mil veces más destructiva que las bombas usadas contra Japón. La carrera del terror había comenzado. A la misma se une rápidamente Gran Bretaña que, gracias al trasvase de tecnología norteamericana, detona su primera bomba atómica en Australia, en 1952. Francia, reacia a alistarse mecánicamente con EE UU, en 1960, realiza la primera prueba nuclear en el desierto de su todavía colonia de Argelia. El siguiente país en ingresar al club es China, que prueba con éxito su bomba en 1964, convirtiéndose en el primer país no occidental en dotarse de poder atómico.

Israel y la bomba

El arma nuclear se convertirá, en las décadas siguientes, no sólo en una cuestión de poder, sino, por curioso que parezca, en un asunto de prestigio. Los países que aspiraban "a ser alguien" en el ámbito internacional apuestan por poseer su propia tecnología nuclear. En esa carrera se empeñaron India, Paquistán, Brasil, Sudáfrica e Israel. De todos ellos, fue Sudáfrica, país sin enemigos equivalentes en poder, el que más sorprendió al realizar sus primeras pruebas nucleares en 1977, llegando a poseer, cuando menos, diez bombas atómicas. Con el fin del régimen del *apartheid,* se procedió a desmontar el arsenal nuclear para, según algunos analistas, impedir que un país gobernado por negros poseyera tal poder. Las instalaciones nucleares fueron desmanteladas y puestas bajo control de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA).

No obstante, el hecho que más preocupación mundial produjo fue el ingreso al club atómico de India y, años después, de Paquistán, dos países que se habían enfrentado en tres guerras sucesivas en 1947, 1965 y 1971. En mayo de 1974, India hizo detonar en el desierto de Rajastán un dispositivo denominado, con áspero humor negro, *Buda sonriente*. La prueba hindú sacudió a un Paquistán todavía humillado por la derrota de 1971, que burló el bloqueo internacional hasta lograr, en abril de 1978, la producción de uranio enriquecido. La tensión, sin embargo, alcanzó sus mayores niveles en mayo de 1998,

cuando India hizo detonar una bomba termonuclear, provocando la respuesta inmediata de Paquistán. A finales de ese mes de mayo las estaciones sismográficas paquistaníes cortan su vínculo con el mundo, lo que no impide detectar cinco explosiones nucleares simultáneas en Beluchistán, seguidas de nuevas pruebas días después. Era el primer país islámico en poseer el arma nuclear.

Israel completa el club atómico y también la historia más rocambolesca de acceso a la tecnología nuclear. Francia y EE UU se encargaron de proveerle los medios necesarios, en medio de un secretismo tan extremo que, en 1967, un *Mirage* del ejército israelí fue derribado por aproximarse demasiado al complejo nuclear de Dimona, cuya construcción había sido completada en 1965. Cuando estalla la Guerra de los Seis Días, Israel posee ya plutonio suficiente para construir una bomba, aunque no está claro si poseía o no bombas atómicas. En 1973, cuando la Guerra del Yom Kippur, Israel está en posesión de seis bombas atómicas y colabora ampliamente con Sudáfrica en ese campo. El episodio más extraño de este período es la explosión nuclear que se detecta, en septiembre de 1979, en el sur del océano Índico y que ningún país se adjudica. La creencia más general es que se trató de una prueba conjunta entre Israel y Sudáfrica, dentro del programa de cooperación que mantenían ambos países.

Carrera de locos

El científico israelí Mordechai Vanunu, condenado a dieciocho años de cárcel por denunciar el programa nuclear de Tel Aviv, afirmó que en 1986 Israel poseía decenas de bombas atómicas de segunda generación y trabajaba en armas nucleares de tercera generación, un punto a tener en cuenta de cara al trato que recibe Irán. Dueño del arma atómica, Israel propuso la eliminación total de armas

El camino de la bomba

El origen remoto de la física nuclear podría situarse muy a finales del siglo pasado, con el experimento del francés Henri Becquerel, que comprobó que minerales de uranio impresionaban una placa fotográfica. Pero fue en los años treinta del siglo XX cuando el descubrimiento del neutrón, estudiado por Fermi, permitió explorar el proceso nuclear con una meta científica definida.

El avance esencial se produjo en vísperas de la guerra gracias al proceso descubierto a finales de 1938 en Alemania por los dos Strassman, Otto Hahn y Fritz. La científica austríaca Lise Meitner (1878-1968), desde Suecia, adonde se había refugiado escapando de Hitler, difundió el hecho a la comunidad científica internacional, bautizándolo con el nombre de fisión nuclear.

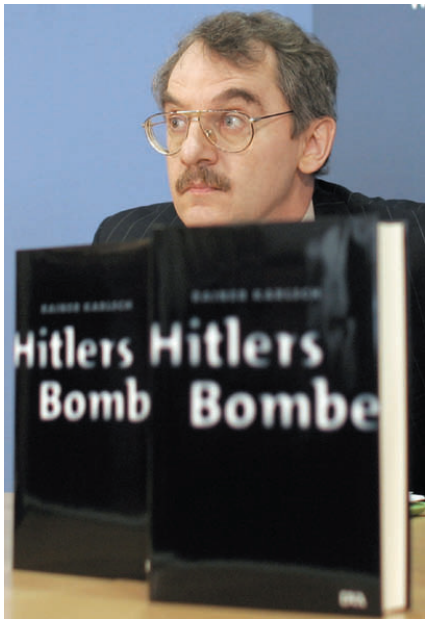
Al inicio de la guerra en 1939, el potencial de los nuevos descubrimientos no caerá en saco roto por la obsesión bélica, totalmente centrada en la destrucción del enemigo.

El esfuerzo científico inglés había dado resultados suficientes como para proseguirlo aun con las dificultades bélicas; la amenaza de los bombardeos aconsejó trasladarlo a Canadá, donde se produciría la interconexión con las investigaciones norteamericanas.

Es curioso que Alemania, país originario del descubrimiento científico básico, apenas avanzó en este terreno debido al desmantelamiento de buena parte de la comunidad científica germana, así como a la creencia nazi de una victoria rápida (*).

No fue, sin embargo, ésta la impresión en Gran Bretaña que, para impedir cualquier sorpresa, destruyó los complejos nazis que investigaban la física nuclear en Noruega, voló la fábrica de agua pesada de Rjukan y bombardeando la de Trondheim.

El anuncio de la fisión realizada en Alemania en 1938 causó fuerte impacto en la URSS, cuyos científicos estaban al tanto de los avances de sus colegas. Así, cuando el equipo de Igor Kurchtov –el hombre esencial en el proceso nuclear soviético– realizó hallazgos sobre la fisión espontánea, lo publicó, en 1940, en la revista norteamericana *Physical Review*. La total ausencia de respuesta por parte de los científicos americanos convenció a los soviéticos de que existía un plan norteamericano ultrasecreto.



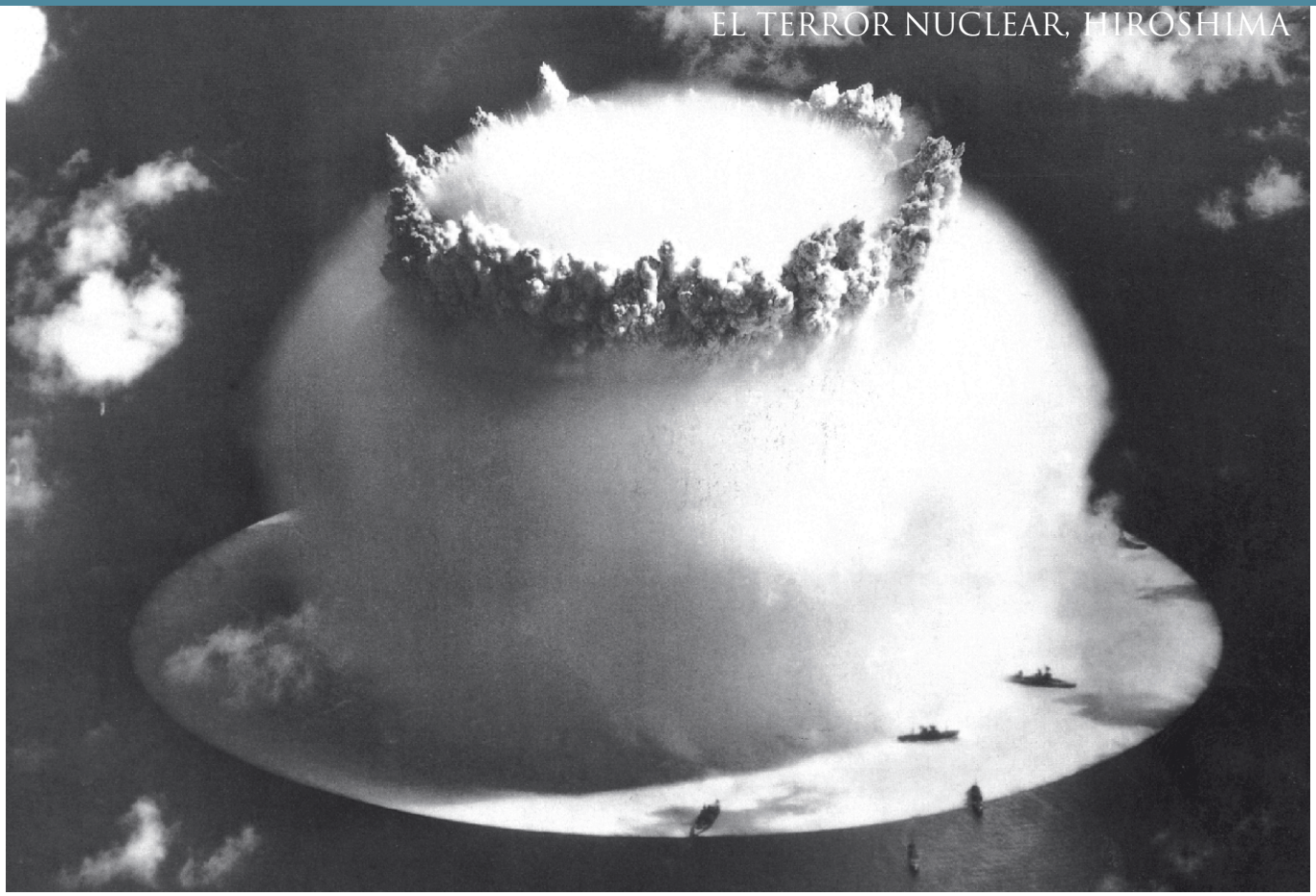
Rainer Karlsch expone en *La bomba de Hitler*, que el III Reich llegó a probar pequeños ingenios atómicos al final de la guerra.

La invasión nazi paralizó los trabajos, pero el Gobierno soviético, en febrero de 1943, reanudó su modesto programa, con Kurchatov al frente. Los progresos fueron lentos. Tras su aparente indiferencia en Potsdam, Stalin ordenó que acelerara el proceso.

Se creó un equipo, de estructura similar al del *Proyecto Manhattan.* Las etapas fueron también muy similares, y en la Navidad de 1946 se logró la primera reacción en cadena. El proceso continuó hasta desembocar en la primera explosión atómica soviética, el 29 de agosto de 1949 en Semipalatinsk, en el Asia soviética" (Juan Ignacio Sáenz Díez, *Historia 16,* junio de 1985).

(*) Potencialmente, Alemania hubiera podido fabricar la bomba atómica, pero se supuso que se había centrado en su utilización como fuente energética. Prueba de los trabajos nucleares alemanes es que los rusos capturaron un gran botín radioactivo en Berlín. El pasado mes de marzo fue presentado en Alemania un libro sorprendente, *La bomba de Hitler*, obra del historiador alemán Rainer Karlsch. El libro expone, sin pruebas definitivas, que en los seis últimos meses de la guerra, los alemanes produjeron al menos tres ingenios nucleares experimentales, cuyas pruebas causaron centenares de muertos entre la población concentracionaria, utilizada como cobaya.

Esto, aunque sin pruebas concluyentes, induce a pensar que los alemanes también trabajaron en la bomba, por lo que Hitler no fantaseaba cuando le decía al dictador rumano, Antonescu, en agosto de 1944: "Tenemos en fase experimental un explosivo que lo destruye todo en un radio de dos millas".



Hongo atómico originado por una bomba probada en las islas Bikini en 1946: la corona son columnas de agua elevadas a más de un kilómetro de altura. Se estudiaron entonces los daños que ocasionaría una explosión nuclear sobre buques de guerra, utilizando barcos fuera de servicio.

bacteriológicas y químicas de Oriente Medio, lo que fue rechazado por el presidente egipcio, Hosni Mubarak, con una frase lapidaria: "Las armas bacteriológicas son la bomba atómica de los pobres".

Con todo, el protagonismo nuclear corresponde, sin duda alguna, a la Unión Soviética (y su sucesora, la Federación Rusa) y EE UU, país que mantuvo la supremacía global hasta los años setenta.

En 1962, cuando acontece la Crisis de los Misiles en Cuba, no existía paridad nuclear alguna, pues, según fuentes estadounidenses, la ventaja estratégica de EE UU era casi absoluta. Así Washington poseía 203 cohetes balísticos intercontinentales (ICBM) por apenas 36 soviéticos; disponía de 144 cohetes balísticos en submarinos por 72 de la URSS y 1.306 bombarderos con armas nucleares por 138 soviéticos. En el balance general, EE UU poseía 3.451 cabezas nucleares por 497 de la URSS.

La Crisis de los Misiles provocó una reacción contundente del Gobierno soviético. Después de verse obligado a ceder, desmantelando las rampas de misiles en Cuba, realizó un impresionante esfuerzo militar, para equipararse a EE UU. El esfuerzo dio resultado y, en 1970, la URSS poseía 1.513 cohetes ICBM por 1.054 de EE UU. Se había alcanzado lo que se llamó el "equilibrio del terror" o, en otra terminología, la Destrucción Mutua Asegurada o MAD (loco, en inglés).

En la década 1980-90, las dos superpotencias poseían unas 25.000 armas nucleares estratégicas con una potencia de 10.000 megatones que, sumadas al armamento nuclear de corto y medio alcance, ascendía a 15.000 megatones. EE UU poseía armamento nuclear que podía destruir 30 veces a la URSS y la URSS armamento para destruir a su oponente veinte veces y entre ambos, diez veces el planeta. Sobraban nueve veces.

En la década de los ochenta, EE UU y la URSS poseían armamento nuclear para destruir diez veces el planeta

Marcha atrás

En el convencimiento de que la MAD no era alternativa a su rivalidad militar, EE UU y la URSS decidieron negociar tratados para establecer límites "razonables" a las armas nucleares y, particularmente, evitar que la posesión de armas atómicas se extendiera por el mundo de forma incontrolable. Fue así como nacieron los tratados más relevantes en el tema. El primero y más significativo fue el Tratado de No Proliferación (TNP), firmado en julio de 1968, que reconoce que "un Estado poseedor de armas nucleares es un Estado que ha fabricado y hecho explotar un arma nuclear u otro dispositivo nuclear explosivo antes del 1 de enero de 1967", es decir, los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas: EE UU, la URSS, Reino Unido, China y Francia.

El TNP se convierte en el instrumento clave para evitar la proliferación nuclear y, en el presente, lo han aceptado 189 Estados. Aunque entró en vigor en 1970, los socios del club nuclear, como se ha visto, casi han duplicado su número desde entonces.

La URSS y EE UU, por su parte, suscribieron en 1972 los acuerdos denominados *Strategic Arms Limitation Talks I* (SALT I), formados por dos acuerdos, el *AntiBallistic Missile Treaty* (ABM), para reducir los misiles defensivos, y el

AMERICANS
RUSSIAN PEOPLE WANT LIBERTY AND FREEDOM
LIBERATE RUSSIAN PEOPLE AND ALL FROM THE YOKE OF TYRANNY
THERE IS NO ROOM!
DEPORT
STOP STALIN! SAVE SLOVAKIA

Manifestación de anticomunistas norteamericanos contra *La aspiración de Stalin de dominar el mundo.* Eran los años del macarthysmo y los comienzos de la carrera termonuclear.

Intercontinental Balistic Missile (ICBM), para limitar los ofensivos. En 1979 se iniciaron nuevas conversaciones, las denominadas SALT II, cuya entrada en vigor fue paralizada por la invasión de Afganistán por tropas soviéticas. En 1982 se reiniciaron las negociaciones, concluidas en 1991 con la firma del *Strategic Arms Reduction Treaty* (START I), en virtud del cual decidían reducir un 25 por 100 los misiles intercontinentales. Nuevas negociaciones llevaron a la firma del SALT II en 1993 –desaparecida ya la Unión Soviética– estableciendo el compromiso de reducir los arsenales de las dos naciones a entre 3.000 y 3.500 ojivas y a eliminar todos los misiles terrestres de cabezas múltiples. Tuvo corta vida el tratado. En 2002, Rusia anunció su retiro formal del START II, después de que EE UU se retirara a su vez del tratado ABM al que el START II estaba vinculado. El START II, dicho sea de paso, nunca fue aplicado.

Ese año se firmó el *Strategic Offensive Reductions Treaty* (SORT) para limitar el despliegue, no la destrucción, de ojivas nucleares, a un máximo de 1.700-2.200 hasta diciembre de 2012. El SORT entró en vigor en 2003, aunque son muchos los que dudan de su efectividad.

La resaca de las Torres Gemelas

La razón de la retirada de EE UU del ABM puede encontrarse en una información del diario *Los Angeles Times,* de febrero de 2002, en el sentido de que el Pentágono preparaba planes que consideraban el empleo de armamento nuclear no sólo contra los integrantes del Eje del Mal, como Irán y Corea del Norte, sino contra potenciales rivales del hegemonismo USA, como China y Rusia.

El Pentágono, por su parte, ha confirmado que investigan formas de modificar las cabezas nucleares en activo para hacerlas capaces de destruir búnkeres y otros objetivos "difíciles" en países que, como Irán, podrían usar esos búnkeres para esconder armamento nuclear, químico o biológico. Este mismo

LA ESCALADA NUCLEAR

1945: Estados Unidos prueba la primera bomba atómica en Alamogordo, Nuevo México; el 6 de agosto la utiliza en Hiroshima y el 9, en Nagasaki.
1949: La URSS prueba su primera bomba atómica.
1952: Estados Unidos prueba su primera bomba termonuclear (bomba H), y Gran Bretaña, su primera bomba atómica.
1953: La URSS prueba su bomba H.
1953: USA construye los bombarderos estratégicos B-52. Un años después, La URSS contó con un prototipo similar.
1958: Son operativos los primeros IRBM (misiles balísticos de alcance medio): los SS-4 soviéticos y los Thor, norteamericanos.
1960-61: Francia prueba su bomba atómica.
Estados Unidos cuenta con misiles Polaris, lanzados desde un submarino. Se despliegan los primeros ICBM (misiles intercontinentales), los soviéticos SS-6 y los USA, Atlas y Titán.
1963: Estados Unidos refuerza su arsenal ICBM, con los Minuteman I y Titán II. La URSS, también: SS-7 y SS-8.
1964: China prueba su bomba atómica. La URSS activa su sistema defensivo de misiles antibalísticos alrededor de Moscú.
1965: La URSS despliega los nuevos misiles intercontinentales SS-9 y SS-12.
1966: USA prueba los Minuteman II y la URSS los SS-11.
1968: La URSS inventa los SSN-6, lanzados desde submarino, y cuatro años después los refuerza con los SSN-8.
1969: La URSS prueba los misiles intercont. móviles SS-13 y SS-14.
1970-71: USA, misiles Minuteman III y Poseidón (lanzados desde submarino). Cuenta misiles capaces de transportar tres cabezas para alcanzar diferentes objetivos.
1973: La URSS logra su primera generación de misiles con cabezas múltiples: SS-17 (cuatro), SS-19 (seis) y SS-18 (hasta treinta). Israel posee la bomba atómica.
1974: Primera prueba atómica de India.
1977-78: Se detecta en Europa los misiles móviles soviéticos de alcance medio SS-20 (tres cabezas). Sudáfrica prueba su bomba.
1979: USA hace operativos sus misiles Trident I (ocho cabezas), a bordo de submarino.
1979: La URSS diseña nuevos misiles de cabeza múltiples lanzados desde submarino. Los SSN-20 son probados en 1980.
1979: La OTAN refuerza su armamento nuclear con los misiles norteamericanos Pershing II (tres cabezas).
1981-83: USA despliega los misiles Cruise, lanzables desde tierra, mar o aire.
1982: USA comienza a fabricar misiles MX, portadores de diez cabezas nucleares.
1988: se publica que Israel dispone de un gran arsenal nuclear moderno.
1998: India prueba su primera bomba termonuclear. Replica Pakistán, probando cinco bombas atómicas.
2004: Se supone que Corea dispone de la bomba atómica y, probablemente, Irán está en disposición de tenerla de inmediato.

año, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, presentó un informe titulado Revisión Cuatrienal sobre la Defensa, con la nueva doctrina de disuasión de EE UU que, según Rumsfeld, debe basarse en tres pilares: la posibilidad de golpes ofensivos (incluidos los nucleares), los medios de defensa activa y pasiva (los sistemas antimisiles y otros) y la capacidad de adaptación y de reconstitución de las fuerzas defensivas.

Como afirma William M. Harbin, lo relevante de este discurso es que la bomba atómica deja de ser considerada como el arma última, siendo tratada como un arma convencional, cuyo empleo no debe ponerse en duda en caso de considerarse necesario.

El final de la Guerra Fría, por tanto, no ha supuesto una reducción drástica de la amenaza nuclear, sino todo lo contrario. Hay todavía en el mundo más de 20.000 armas nucleares, puede que 30.000, en su mayoría en los arsenales de EE UU y Rusia, países que continúan manteniendo una 2.000 armas atómicas en alerta, con el consiguiente peligro de error en un lanzamiento nuclear. EE UU sigue apostando por el escudo antimisiles que le otorgue una quimérica invulnerabilidad frente a sus enemigos, reales o potenciales, y Rusia responde con los nuevos misiles *Tópol*, capaces de atravesar el escudo.

Es un juego interminable en el que pesan, detrás de repetitivas y falsas profesiones de fe en la paz, cálculos hegemónicos y de poder, por cuyos orificios se ha colado la tecnología nuclear que, en un principio, sólo poseían EE UU y la URSS. Gracias a los intereses de las superpotencias, la posibilidad de construir armas atómicas llegó a británicos e israelíes, aliados de EE UU, y a India, aliada de la URSS. Paquistán gozó del apoyo estadounidense y chino –adversario de India– y Sudáfrica, de la complicidad israelí y occidental. El TNP quedó pronto en letra muerta, pues la no proliferación de armas nucleares ha dependido, y lo sigue haciendo, de los intereses de las grandes potencias.

Las verdaderas razones

La oposición estadounidense y europea a que Irán y Corea del Norte posean capacidad nuclear no proviene de un interés desmedido por la paz, como tampoco del temor a que estos países puedan usar de forma irresponsable armas atómicas. Responde a consideraciones estratégicas, pues un Irán dueño de fuerza nuclear propia no podría ser atacado por EE UU sin sufrir el atacante gravísimos daños. Obedece también a que un Irán nuclear contrapesaría el poder atómico de Israel y alteraría el balance militar en Oriente Medio, en beneficio de los países árabes y musulmanes y en perjuicio de los planes de Washington de imponer su dominio en la región del petróleo por tiempo indefinido. Cálculos fríos que esconden una voluntad agresiva, avalada por la doctrina militar estadounidense de guerras preventivas que no descartan el uso de armas nucleares.

Por demás, la Carta de Naciones Unidas, en su artículo 51, reconoce a los Estados el derecho inmanente de legítima defensa individual o colectiva. Y, como señaló la Corte Internacional de Justicia (CIJ), en su sentencia de 1986 sobre las Actividades Militares y Paramilitares de EE UU contra Nicaragua: "No existen en Derecho Internacional más reglas que las que un Estado quiera aceptar, que impongan una limitación a los niveles de armamento de un Estado soberano". En otras palabras, que los Estados son libres para dotarse del tipo de armas que consideren pertinente, incluyendo las atómicas, sin más limitaciones que las que deriven de tratados internacionales. Tampoco es moralmente defendible exigir a un Estado una conducta que quien la exige no está dispuesto a seguir. Cabe recordar, finalmente esta célebre frase de Einstein, uno de los padres de la era atómica: "Partir el átomo ha cambiado todo, excepto nuestro modo de pensar". Seguimos en las cavernas. ■

Por fuera, sonrisas: Kruschov y Eisenhower durante la visita del hombre fuerte soviético a EE UU en 1959. Entonces, la superioridad del arsenal termonuclear norteamericano era enorme.

PARA SABER MÁS

Hachiya, M., *Diario de Hiroshima de un médico japonés (6 de agosto-30 de septiembre de 1945)*, Madrid, Turner, 2005.
Axell A., y Kase, H., *Kamikazes*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.
Benedict, R., *El crisantemo y la espada*, Madrid, Alianza, 2003.
Buruma, I., *La creación de Japón, 1853-1964*, Barcelona, Mondadori, 2003.
Churchill, W., *Memorias. La Segunda Guerra Mundial, II*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.
Leguineche, M., *Recordad Pearl Harbor*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
Mann, G., *El Mundo de hoy,* 1, "Mil novecientos cuarenta y cinco", Madrid, Espasa Calpe, 1988.
Zorgbibe, Ch., *Historia de las relaciones internacionales,* 2, "Del sistema de Yalta a nuestros días", Madrid, Alianza, 1997.

En *La Aventura de la Historia:*
Sobre el comienzo de la guerra del Pacífico: "Pearl Harbor, el cebo", núm. 34, agosto 2001. Sobre la Crisis de los Missiles de Cuba: "Al borde del fin del mundo", núm. 48, octubre 2002. Sobre el macarthysmo, "Caza de brujas", núm. 57, julio 2003. Sobre la escalada termonuclear: "Terror H, comienza la carrera", núm. 65, marzo 2004.
Sobre la Cumbre de Potsdam: "La despedida", núm. 81, julio 2005.